

# Héctor Incháustegui Cabral

# Testimonios

Fundación Corripio, Inc.





HÉCTOR INCHÁUSTEGUI CABRAL  
TESTIMONIOS



**Héctor Incháustegui Cabral**  
**Testimonios en el centenario de su natalicio**  
**[1912-2012]**

Colección Prisma

Coordinación general y edición al cuidado de:  
José Alcántara Almánzar

Diagramación y diseño de portada:  
Humberto Martínez  
Fotografía de la portada:  
Colección de la familia Alcántara Hernández

Impresión:  
Editora Corripio, C. por A.  
Calle A esquina Central  
Zona Industrial de Herrera,  
Santo Domingo, República Dominicana

ISBN: 978-99934-54-27-4

Primera edición: julio de 2012.

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la debida autorización del editor.  
Impreso en la República Dominicana  
Printed in the Dominican Republic

# **Fundación Corripio, Inc.**

COMPROMETIDOS CON LA CULTURA

José Luis Corripio Estrada  
PRESIDENTE

Ana María Alonso de Corripio  
VICEPRESIDENTA

Lucía Corripio de González  
SECRETARIA

Manuel Corripio Alonso  
VOCAL

José Alfredo Corripio Alonso  
VOCAL

Ana Corripio de Barceló  
VOCAL

Julio César Castaños Guzmán  
VOCAL

Manuel Rueda+  
DIRECTOR FUNDADOR

Mons. Oscar Robles Toledano+  
ASESOR FUNDADOR

Jorge Tena Reyes  
ASESOR FUNDADOR

Jacinto Gimbernard  
DIRECTOR EJECUTIVO

Pilar Albiac  
ADMINISTRADORA

José Alcántara Almánzar  
ASESOR





# Contenido

- 11 Presentación
- 12 Agripino Núñez Collado: Héctor Incháustegui Cabral, su trabajo como educador y editor
- 13 Amalia Incháustegui Santoni: Santiago en mis recuerdos. Papá Héctor en mi corazón
- 15 Bernardo Vega: Pedro Mir/Incháustegui
- 17 Bruno Rosario Candelier: Héctor Incháustegui Cabral
- 18 Carlos Fernández Rocha: Héctor Incháustegui Cabral
- 19 Cristina Incháustegui Santoni: Recordando a mi abuelo Papá Héctor
- 21 Danilo de los Santos: Tríptico de relaciones con Don Héctor Incháustegui Cabral. Reminiscencia
- 26 Frank Moya Pons: Héctor Incháustegui Cabral en mi memoria
- 30 Franklin Domínguez: Don Héctor Incháustegui Cabral
- 31 Ida Hernández Caamaño: Don Héctor Incháustegui Cabral
- 32 Iván García: Un Padre
- 34 Jacinto Gimbernard: En el recuerdo de Héctor
- 36 Jeannette Miller: Poemas de solidaridad en la obra trascendente de Héctor Incháustegui Cabral
- 43 Jorge Tena Reyes: Mi recuerdo de Héctor Incháustegui Cabral
- 44 José Alcántara Almánzar. Evocación de Héctor Incháustegui Cabral

- 46 José Enrique García: Imagen de don Héctor
- 48 Josefina Fondeur de Blonda: Recuerdo de Don Héctor Incháustegui Cabral
- 49 Juan José Ayuso: Un siglo de Don Héctor
- 50 Lupo Hernández Rueda: Héctor
- 52 Manuel Mora Serrano: Héctor Incháustegui Cabral en mi recuerdo
- 55 Marcos Avilés Blonda: Héctor Incháustegui Cabral en la bandeja de mi recuerdo
- 56 Margarita Luna: Héctor Incháustegui Cabral
- 57 María Isabel Incháustegui: Tío Héctor visto desde mi caleidoscopio
- 61 Marianne de Tolentino: Con mucha admiración y respeto
- 62 Marino Incháustegui Piñeiro: Papá Héctor
- 63 Marino Incháustegui Salvador: Recuerdo personal de papá
- 64 Rafael Emilio Yunén: Recordando a don Héctor
- 66 Sonia Guzmán: Don Héctor Incháustegui Cabral
- 68 Victoria Incháustegui Santoni: Héctor Incháustegui Cabral, parte de la cultura, literatura dominicana. Legado de nuestro país
- 70 Apéndice: Héctor Incháustegui Cabral

## Presentación

El 25 de julio de 2012 se conmemora el centenario del natalicio de Héctor Incháustegui Cabral, uno de los escritores fundamentales de la literatura dominicana de todos los tiempos. Pocas veces se ha visto en nuestra historia la presencia de una figura tan polifacética –fue poeta, periodista, dramaturgo, ensayista, crítico literario, diplomático, educador, animador cultural–, cuya obra literaria constituye un invaluable legado para las presentes y futuras generaciones de intelectuales y artistas.

Don Héctor –como todos le decíamos–, nació en Baní, el 25 de julio de 1912, y falleció en Santo Domingo, el 5 de septiembre de 1979. En aquel momento ostentaba el rango de Secretario de Estado sin Cartera y fungía como asistente de don Antonio Guzmán Fernández, a la sazón Presidente de la República.

Antes de ser designado por don Antonio en el Palacio Nacional, don Héctor había sido, durante muchos años, un verdadero patriarca en la Universidad Católica Madre y Maestra de Santiago, donde alcanzó la posición de Vicerrector de Extensión Cultural y pasó, junto a su esposa Candita Salvador, un brillante período, en el que obtuvo amplio reconocimiento público como escritor residente, profesor, fundador y primer director de la revista *Eme Eme* y de la *Colección Contemporáneos*, en las que acogió a tantos autores dominicanos y extranjeros de todas las orientaciones teóricas, a través de la publicación de sus obras, no sólo de literatura e historia, sino de arquitectura, matemáticas, sociología, antropología y política.

La Fundación Corripio, Inc., en su interés de rendir tributo de recordación al ilustre escritor banilejo, y exaltar sus valiosas contribuciones a la cultura y las letras nacionales, ha organizado un acto de homenaje en el que participan escritores, artistas, amigos, admiradores y descendientes de don Héctor.

Nos complacemos en entregar al país esta publicación especial, auténtica primicia, en la que se recogen, por orden alfabético de sus autores, los testimonios de quienes conocieron y trataron íntimamente a don Héctor Incháustegui Cabral, y de quienes, a través de sus libros, sus cátedras, sus sabios consejos, pudieron aquilatar su elevada estatura intelectual y su noble dimensión humana. Este esfuerzo editorial, en el que ha colaborado un selecto grupo de personalidades, constituye un merecido reconocimiento póstumo al gran poeta banilejo, un necesario rescate de su memoria y una aleccionadora revisión de su vida y su obra.

**Jacinto Gimbernard**  
Director Ejecutivo

## **Agripino Núñez Collado**

### **Héctor Incháustegui Cabral,**

### **su trabajo como educador y editor**

Héctor Incháustegui Cabral llegó a la hoy Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra en el año 1966, iniciando una nueva etapa de su vida, en la que se concentró en el quehacer académico y, según sus propias palabras, se hizo más reflexivo y más razonador. Esta transformación se debió, sin dudas, a que pudo manifestar el maestro que siempre llevó en su interior.

Don Héctor fue un auténtico maestro, sereno, paciente, conciliador, sembrador de confianza y de fe, siempre más cerca de Dios que de las cosas materiales. Su identificación con la Universidad, su fe en la juventud y en el mejoramiento del país, su búsqueda permanente de la calidad, lo llevaron a convertirse en un animador sin reservas, que estimuló y orientó a jóvenes con vocación y con potencialidad para convertirse en escritores y artistas. Fue, igualmente, un gran promotor de los programas de investigaciones y publicaciones de la Universidad.

Siempre entendió que en la Universidad «se debe aprender a aprender». Consecuentemente, orientó su labor educativa hacia el logro de esa finalidad con la ilusión y el entusiasmo de quien sabe que está aportando un instrumento que puede ser útil a quien busca asumir una tarea de servicio en los niveles sociales. Este hombre ejemplar buscó la cátedra y se dedicó a ella de una forma provocadora e influyente, observadora y analítica, cumpliendo a cabalidad con la vocación y la misión del maestro.

No se puede hablar de la fecunda labor editorial de la Madre y Maestra, sin reconocer el aporte creador de don Héctor, quien definía el programa editorial de la Universidad como «un esfuerzo para dar a los dominicanos un poco más de lo que los dominicanos dan de sí.» En el año 1967, bajo su orientación y dirección, se creó el Departamento de Publicaciones, y muy pronto se hizo notoria en la comunidad intelectual dominicana la actividad y la calidad bibliográfica de esa unidad, que difundió material importante del acervo literario dominicano y provocó inquietudes investigativas sobre asuntos sociales e históricos.

Don Héctor estaba convencido de que había que publicar, de que había que dejar –según sus propias palabras– «libros, libros editados». Y sabía que el material que no se edita «...corre el riesgo de dormir el sueño sin sueños de la muerte». Lo importante para él, sin embargo, no era el libro como objeto de ostentación intelectual, de vanagloria para el escritor, sino el libro como contribución al proceso formativo de las generaciones presentes y futuras y por lo que representa como realización para el que escribe; en una palabra, el libro como testimonio «del maestro de escuela que no he podido matar en mí».

## **Amalia Incháustegui de Hernández**

### **Santiago en mis recuerdos, Papá Héctor en mi corazón.**

Recordar a Papá Héctor significa llenarme de dóciles recuerdos que perdurarán por siempre. Los más significativos, son los momentos inolvidables que junto a mis hermanas viví en Santiago, cada vez que visitábamos a nuestros abuelos paternos.

Corríamos libremente en los jardines de las casas sin verjas de la Universidad Católica Madre y Maestra, rodeadas de doña sanicas, rabos de gato, crotos, matas de higüeros, mangos, y ese frondoso tamarindo, donde bajo su sombra seguían nuestras aventuras hasta que, la abuela Nina nos interrumpía para mandarnos a bañar antes de que abuelo regresara a la casa.

Sentados a la mesa bellamente presentada, nos deleitábamos con las anécdotas que Nina nos contaba de sus vivencias diplomáticas en México, Brasil, Venezuela, Cuba, Ecuador... Papá Héctor comía serenamente y nos escuchaba hasta que, si los ánimos se caldeaban, con mucha paciencia nos decía: «Hablen bajito».

Después de cena, salíamos a dar un paseo caminando. Recuerdo que una vez le pregunté, siendo muy niña: ¿qué es el comunismo?, con su sabiduría docente me respondió que: «en el comunismo, en vez de haber pocas personas con muchos zapatos y muchas personas descalzas, todo el mundo tendría dos pares, pero nadie estaría descalzo». Respuesta inolvidable que me encantó.

De vez en cuando, al caer la tarde, unos jóvenes le visitaban y conversaban con él en la galería de la casa. Uno de esos jóvenes fue declarado por mí, años después, hijo de mis abuelos, José Alcántara: un tío que mi abuelo me regaló.

¡Cuántos libros en esa biblioteca que tenía un olor tan único! Un gran número de obras que hoy descansan en la Sala que lleva su nombre en la universidad que tanto amó. Nos sentábamos en el suelo en el único rincón donde estaban los libros de cuentos y poemas infantiles. El resto, muchos libros sin imágenes y pequeñas letras. En una gran mesa se encontraba su máquina de escribir, la cual, más tarde comprendí fue el arma de guerra de mi abuelo.

Mis hermanas y yo ignorábamos en nuestra infancia todo el talento que Papa Héctor poseía, su amor por la justicia, su dolor por los oprimidos, su búsqueda de Dios, su insatisfacción en el amor, sentimientos todos plasmados en su vasta obra literaria pero que de alguna manera, su presencia, casi mágica entre nosotras, «sin enterarnos ni siquiera» marcó nuestras vidas, teniendo cada una pinceladas de su pensamiento en las entrañas que nos definen como dignas nietas de Héctor Incháustegui Cabral. Siendo un gran catalizador de este legado el haber tenido como padre, el hijo que más se asemejó a él: Sergio.

En el 1979, justo cuando iniciaba mis estudios de economía en la universidad, pudiendo haberme nutrido de sus conocimientos en esta nueva etapa de mi vida, mi abuelo se marchó de este mundo angustiado por su Patria bien amada. El último recuerdo que poseo de él, es su figura pálida en la clínica; preocupado, no por su salud, luego de un infarto, sino por las consecuencias fatales que el paso del Huracán David y la Tormenta Federico traerían al pueblo dominicano. Vivió por amor, con humildad, sencillez, justicia. Expresado en sus propias palabras:

*Quiero dar de lo que soy,  
no lo que se puede acumular.  
Aspiro a realizarme en la acción,  
no tener;  
dar  
(...)  
Soy, siendo igual a los demás.*

(HIC: *Por Copacabana buscando*. PP. 396-397).

Vivió por amor, amando murió, por lo tanto, vivirá por siempre en nuestros corazones:

*Morir por los que viven no es morir,  
es cambiar de condición y ser más grande,  
ser padre de los que sufren,  
hermano de todos los que lloran.*

(HIC: *Filoctetes*. P. 168).

## Bernardo Vega

### Pedro Mir/Incháustegui

Héctor era Encargado de Negocios en La Habana. Allí había llegado en 1947 otro poeta, Pedro Mir, quien participó en la fracasada expedición de Cayo Confites, pero, cuando fue capturado utilizó nombre falso, por lo que ni Trujillo ni Héctor habían sabido sobre esa acción.

En 1949 Mir escribió en La Habana su famoso *Hay un país en el mundo* y se lo enseñó a Héctor. Éste se dio cuenta de los problemas que ese poema denunciante podía causarle a Mir, cuya familia vivía en Santo Domingo y decidió escribirle una carta a otro intelectual, Telésforo Calderón, cuyo cargo de secretario de Estado de la presidencia le permitía hablar diariamente con Trujillo, con el propósito de preparar un ambiente positivo para esa poesía y su autor y así evitar acciones contra Mir y su familia. Utilizó argumentos muy inteligentes en su esfuerzo preventivo para protegerlo de posibles represalias por parte del tirano al enterarse del contenido del poema. Además, exageró el estado económico y físico de Mir para inspirar pena a los lectores dentro de los círculos oficiales dominicanos.

Cuando Bernardo Vega enseñó esa carta a Pedro Mir, muerto ya Incháustegui, éste le informó que ni en La Habana ni en Santo Domingo, después de desaparecido Trujillo, Héctor le había dicho que había escrito la misma. Mir agregó que nunca le dijo a Héctor que no atacaría a Trujillo, ni que lo consideraba superior al presidente Cárdenas. Eso lo agregó el otro poeta para proteger al primero.

Los párrafos más relevantes de la carta son los siguientes: «Ayer estuvo a visitarme el Dr. Pedro Mir. Está muy triste porque su mamá no ha podido venir a Cuba... En Pedro hay una mezcla muy extraña, pero perfectamente explicable, de hombre que por vocación literaria se quiere sacudir de las obligaciones familiares –él tiene allá mujer e hijos– para dedicarse a escribir y de persona con un sistema nervioso que vino malo al mundo. El cree que aquí puede realizar la obra que supone es su razón de ser y acaba de escribir un largo poema cuyos pormenores más adelante le explicaré. Ya desde allá sus amigos sabíamos que Pedro no andaba bien de la cabeza, pero para un poeta éste no es un gran defecto. Es más: hay quienes consideran indispensable que el poeta sea medio chiflado, que sea ido, que no asiente con firmeza los pies en el suelo porque el universo de la Poesía suele comenzar por el camino que andan las nubes. Y alguna nube se le mete en la cabeza y no lo deja trabajar bien.

«Pedro, hasta el momento en que escribo no ha intervenido en ningún acto en contra de nuestro Gobierno. Él me ha prometido, no de ahora, no participar en actividades que signifiquen crítica o mala opinión de la gestión del Excelentísimo Presidente Trujillo, no por simple amistad hacia mí, porque así

no tendría gracia, sino porque considera que sólo el Jefe es capaz de seguir adelante la gran obra que está realizando y que es indispensable para alcanzar las etapas de progreso que aspiramos para la República todos los que la queremos bien. Para él –palabras textuales– más ha hecho revolucionariamente el Presidente Trujillo que Lázaro Cárdenas a quien los mexicanos consideran salvador de una clase muy numerosa de su pueblo. Él explica así su criterio: la tarea de Cárdenas ha sido limitada a los indios y a la posesión de la tierra, mientras la del Jefe no ha tenido zonas determinadas sino que su acción se ha arraigado en cada una sin excepciones de ninguna clase.

«El poema que acaba de escribir, que leí, es una larga serie de versos cuya medida y forma estrófica cambia en cada parte del poema, con un profundo sentido musical. El tema, porque es un poema social, es la necesidad de la redistribución de las tierras que hoy cultivan de caña las grandes compañías norteamericanas. En todo el poema palpita una profunda nostalgia de macorísano del Este, del hombre que ha sentido en el pecho la tristeza de los grandes cañaverales por la tarde, cuando un viento suave peina los pendones gallardos. El cree, porque tiene, lo ha tenido siempre, delirio de persecución, que ese poema puede ser considerado como crítica a la actitud oficial respecto de la industria azucarera, y me vino a decir que eso no lo ha pensado ni un solo momento y que él aspira a que no se piense así porque conoce disposiciones gubernamentales que prueban que también el Gobierno sufre el estado de cosas, que desea una solución más acorde con el pensamiento que él expresa en el contrapunteo social que anima el poema...

«...La ropa que tiene es la misma que traje, hace más de un año ya, y libras de peso ha perdido unas cuantas. Antes estaba muy animado; le iban a publicar un libro en México, muy hermoso por cierto, y la promesa se volvió sal y agua, a pesar de los esfuerzos que hicieron allá Malagón Barceló y Silvio Zabalá. Ahora quiere publicar aquí el poema, en una plaquette, y eso lo ha hecho cambiar un poco porque todo autor se pone cuando va a publicar un libro como hombre que aguarda un hijo, con la ventaja de que el autor siempre sabe lo que le reserva el destino.

«Con un cordial abrazo»,



## Bruno Rosario Candelier

### Héctor Incháustegui Cabral

Conocí a Héctor Incháustegui Cabral cuando el poeta banilejo era profesor de lengua española en la Universidad Católica Madre y Maestra, a principios de 1966. Ese valioso poeta, ensayista y crítico literario era la cabeza pensante del núcleo de creadores dominicanos que se conocen en la historia de la literatura dominicana como Poetas Independientes del '40. Esos creadores tenían en común la conciencia poética, la visión socio-realista de la creación y una actitud humanizante derivada de su simpatía por lo popular.

El autor de *Poemas de una sola angustia* tenía una honda inclinación social, como la experimentaron varios de los integrantes de la Generación del '30, a la que pertenecía. A mí me llamaba la atención, como le sucediera a Flérida de Nolasco, que Héctor Incháustegui Cabral diera un salto de lo social a la trascendencia con su libro *Las ínsulas extrañas*, una obra poética fundada en la memoria y, sobre todo, con el aliento espiritual inspirado en la dimensión trascendente. La expresión “ínsulas extrañas”, acuñada por san Juan de la Cruz, alude al terruño insular donde nos encontramos, pero también al mundo interior que amasamos en el hondón de la sensibilidad con el caudal misterioso de la memoria personal, fraguado con la sustancia de las vivencias entrañables que sirve para evocar no solo lo que aconteció en el pasado sino lo que se reconstruye y recrea como sustancia de la creación.

Con el título de *Las ínsulas extrañas*, Héctor Incháustegui Cabral (Baní, 1912-Santo Domingo, 1979) produjo uno de sus libros poéticos más hermosos, en el cual enfoca una temática diferente de la vertiente socio-realista, dominante en su producción poética. En esa obra retoma los recursos que atesora la memoria como sustancia de la expresión poética. Esa singular obra vio la luz pública en 1952 y con ella su autor explora una nueva veta creadora y un nuevo plano de expresión dentro de su trayectoria poética. Incursiona, de manera precursora, en el ámbito interior de la memoria y en el modo metafísico de la creación.

Podríamos calificar a *Las ínsulas extrañas* de Incháustegui Cabral como un canto alegórico de la búsqueda de lo trascendente y una forma singular de abordar lo metafísico en su vertiente sobrenatural. La conciencia de lo trascendente forma parte de nuestras inclinaciones intelectuales, religiosas y espirituales. Por eso es explicable la curiosidad y la búsqueda de lo trascendente que alguna vez se desata en la vida del hombre. Esa búsqueda se hizo consciente y problemática en Héctor Incháustegui Cabral, como lo revela él mismo en su obra de testimonio *El pozo muerto*. Su grandeza poética y la impronta de su magisterio literario hacen de este singular hombre de letras una figura señera de las letras nacionales.

## Carlos Fernández-Rocha

### Héctor Incháustegui Cabral

Lo conocí en 1968, cuando comencé a trabajar en la oficina de Prensa de la PUCMM. Aún era estudiante, aunque ya estaba a un año o poco más de la graduación. Algunos de los trabajos que hacía para Juan José Ayuso, me mandaba a mostrárselos a Don Héctor. De ahí nació la relación entre ambos. Al año siguiente me incorporó al equipo de trabajo de la Revista EME-EME, en donde hacía una primera lectura-corrección de los artículos presentados a la dirección para su publicación.

Resultaba natural que los trabajitos de investigación que entregaba a mis profesores, también se los llevara a él, que los leía y corregía como si fueran documentos de extrema importancia. Algunos de ellos los conservó y los publicó en la misma revista. Recuerdo perfectamente de un trabajo que le gustó mucho, pero por el tema no se atrevió a incluirlo en EME-EME. Se trataba de un estudio sobre el uso de las «malas palabras» en las décimas de Juan Antonio Alix. Creo que fue, por cierto, el único que me rechazó.

Esa relación se fue profundizando cuando me invitó un sábado en la mañana a su casa para leerme unos poemas que estaba escribiendo. ¡Qué privilegio! Doña Candita nos servía café y conversábamos de poesía y de todo lo demás. Estas visitas sabatinas se repitieron y ampliaron durante ese año y el siguiente. A ellas acudían Danilo de los Santos, Orlando Menicucci y muchos más. En esas tertulias surgió la idea de pedir el antiguo Palacio Consistorial para hacer actividades culturales. Él fue quien se ocupó de hablar este asunto con el Síndico y luego con el Presidente para su reparación, pues tenía muchos años abandonado.

Para mí, Don Héctor fue un maestro y consejero sabio. Aprendí de él a perfeccionar la prosa, que él cuidaba tanto como el verso. Intercambiamos mucho acerca de la época de Trujillo y de sus andanzas por América en su Carrera Consular. Cuando se iba para Santo Domingo, lo despedí con mucho dolor, porque sabía que no volvería a verlo más y así fue. Conservo en el corazón un tesoro de memorias y recuerdos y, sobre todo, un agradecimiento enorme a ese hombre que dedicó muchas horas a compartir con un muchacho como yo, en un momento crucial de mi vida.

¡Gracias Don Héctor, siempre lo recordaré con un cariño especial!

## Cristina Incháustegui de Poy

### Recordando a mi abuelo Papá Héctor

Héctor Incháustegui Cabral, poeta, dramaturgo, ensayista, crítico literario y diplomático..., para mí, Papá Héctor, mi abuelo. Lo recuerdo siempre como un hombre amable y pacificador, afable y apacible, ecuánime y medido; nunca le oí alzar la voz, nunca lo vi perder la cordura.

Cundo venía con mi abuela Nina de Santiago a la capital, se quedaba en nuestra casa y yo disfrutaba mucho sentarme cerca cuando venían a visitarle sus amigos José Alcántara, Máximo Avilés Blonda, José Antonio Caro, entre los que puedo recordar. Hablaban de literatura y política, de libros y actualidad y Papá Héctor siempre pasivo y con un cigarrillo en la mano, tenía una opinión y una respuesta que todos querían escuchar. Otras noches, nos sentábamos debajo del árbol de cerezas en la terraza de mi casa paterna y él nos llevaba de viaje a través de sus palabras por aquellos mundos de América adonde había sido embajador. Yo podía percibir la admiración de mi papá al oírlo hablar.

Los veranos que pasé en Santiago eran todo un deleite por el cuidado esmerado de la abuela y por el privilegio que me daba mi abuelo de sentarme en su biblioteca a leer, pintar o escribir. Aquellas dos habitaciones, llenas de anaqueles repletos de libros y la mesa grande en el centro con todo lo que pudiera necesitar: papeles, lápices, bolígrafos, gomitas y clips. Se nutría en mí el amor por los libros y la lectura y la pasión por escribir. Leía vorazmente aquellos clásicos que estaban en la esquina izquierda, al fondo, los que eran para niños. Ahí conocí a Edmundo de Amicis y su *Corazón*, a Luisa May Alcott con *Mujercitas*, a Julio Verne y *La vuelta al mundo en 80 días*, entre muchos otros. Ya en mi adolescencia fui escogiendo otros autores y enamorándome de los escritores latinoamericanos. En los anaqueles de esa biblioteca encontré a García Márquez, Vargas Llosa, Benedetti y Pablo Neruda.

Muchas de esas tardes pasadas en el Cibao fui testigo de cómo iban llegando poco a poco los estudiantes de la universidad hasta llenar la galería de la entrada, entonces Papá Héctor, como si tuviera todo el tiempo del mundo, se sentaba con ellos a responder preguntas, escuchar inquietudes y alimentar a aquellos jóvenes hambrientos, con el manantial de conocimiento y sabiduría que brotaba de él.

Le importaban mis poemas y lo que yo escribía. Los tomaba en sus manos y los leía con interés; me latía el corazón con fuerza esperando sus comentarios y sugerencias. Me decía los que más le gustaban y me sugería borrar o agregar, pero siempre respetando mi inspiración. En la ocasión en que nos visitó el poeta chileno Alberto Baeza Flores, Papá Héctor me pidió que le mostrara parte de mis escritos y ambos me recomendaron comenzar a leer poesía y autores orientales.

Para mis 15 años me sorprendió con un poema que me escribió a mí, su primera nieta. Cuatro estrofas cuajadas de ritmo y rima, amor, consejos y aliento. Aún conservo esa valiosa hoja conmigo.

En 1978 fue elegido como Secretario personal del presidente Antonio Guzmán Fernández y volvieron los abuelos a Santo Domingo. La posición en el gobierno nunca borró de su carácter la humildad y el espíritu pacificador.

Hoy, ya adulta, valoro el legado de integridad, honestidad y disciplina que dejó a nuestras vidas, la pasión por las letras y por la Educación que llevamos en nuestras venas y el anhelo de justicia y el amor por las clases menos favorecidas que palpitan en cada uno de nuestros corazones.

# Danilo de los Santos

## Tríptico de relaciones

### con Don Héctor Incháustegui Cabral

### Reminiscencia

Aunque se afirma que «Recordar es vivir», la remembranza es una aproximación reconstructiva como experiencia de devolverles a los hechos y sus relaciones lo que el tiempo suele convertir en destellos lejanos entre las nieblas.

La memoria es dotación para atraer cotejos existenciales, pero esta facultad no es totalizadora. El borrante del antirrecuerdo destaja lo vivido y la bruma de su rastro danza con poder en nuestra capacidad de alucinar amparado con el éter de la espiritualidad.

La historia como sabiduría correlativa de la existencia; como recurso de adentrarnos a lo pasado, es un ejercicio discursivo sobre nombres y episodios residuales que resucitamos del allá de lo pasado al acá de lo presente. Y si coincidimos con quienes afirman que todo ser humano está hecho de un constante presente temporal, asumimos la nostalgia que acompaña al recuerdo: ambas interrelacionadas con alas que se desmiembran en el vacío instintivo si no conseguimos ni sabemos situarnos en el corazón de nuestra interioridad con la dotación que procede de Dios. De esa otra luz misteriosa y superior que procede desde el polvo soplado; desde Él al nosotros que hemos sido concebidos para «vivir reviviendo» la ausencia a veces con un vaivén de alegría y tristeza que suele acompañar el recordar, sobre todo los seres a los que uno se ha vinculado... Empero revivir desde una posición presente, es cuadro distante respecto del plano principal de ese recuerdo. Es lo que los italianos denominan «en lontananza: lejos a lo lejos...». Es, pues, distancia irreal a la que recurro inquisitoriamente para sustraer del adentro personal a una humanidad que nació hace 100 años, e impredeciblemente fue un gran orientador en nuestro camino existencial. Él estaba en posesión de cultivadas señas en plenitud y tenía estatura trascendente cuando se marchó dejándonos el eco permanente de unos «Poemas para antes de morir», ya próximo «Al arrabal de senectud» y «anticipando el vuelo» que finalmente produjo sin la tos explosiva que acompañaba sus bocanadas de cigarrillo *Crema*s. Se trata de Héctor Incháustegui Cabral, quien exhaló su último suspiro en momentos de un devastador huracán que no presencié por encontrarme en Sudamérica.

Personalizando la Patria inchausteguiana; ésa de la *bandeja del recuerdo*, con un *paisaje movedizo / visto desde un auto veloz...*, imaginariamente arribó ese transporte, trasladándome a la década de 1950, en cuyo inicio fue publicada la antología poética dominicana, de Pedro René Contín Aybar, la cual puso en mis

manos la actriz Divina Gómez, directora del Teatro Escuela de Santiago, quien me ordenó escoger una poesía de esa antología y leerla como práctica declamatoria en el salón de ensayos. «Porque vino de ti», de Armando Oscar Pacheco fue el texto seleccionado para el momento de la audición, pero abrí el libro antológico en la página incorrecta e inicié la lectura del «Canto triste a la Patria bien amada».

¿Quién es el autor de ese poema?, interrumpió mi lectura Doña Divina, la cual sabía que el poema que debía leer era otro. Le respondí que era del escritor Pacheco; y ante la recomendación de cerciorarme de la seguridad de mi respuesta, leí en la página 205: Héctor Incháustegui Cabral (1912). Fue la primera vez que pronuncié ese nombre adornado además por datos ofrecidos por la culta maestra, conocedora de la producción literaria del país, así como de otras latitudes.

Olvidé el nombre del poeta del «Canto triste a la Patria bien amada» hasta varios años después que cursando la carrera de Educación en la Universidad Católica Madre y Maestra, tenía en mi pensum un curso de Historia Dominicana. Como llegué retrasado al aula le pregunté a un compañero el nombre de aquel catedrático menudo, de afable voz, oratoria quieta y semblante en la edad que resaltaban sus espejuelos. «Es el historiador Incháustegui Cabral», nombre que me hizo recordar dos tomos de historia de la colección «Año del Benefactor» que recogí en una calle de Santiago de los Caballeros, producto del saqueo de archivos y bibliotecas oficiales que las turbas antitrujillistas produjeron como secuela del tiranicidio de mayo de 1961.

Al terminar la jornada de la cátedra me acerqué al profesor y orondo le hice saber que tenía sus tomos azules de Historia Dominicana. Con tranquila parsimonia me increpó un «¿Sí?», agregando, más o menos, lo siguiente: *«Te aclaro que el autor de esos libros de historia es mi hermano Joaquín Marino Incháustegui. Yo soy Héctor y creo que tú eres Danilo de los Santos, el promotor de las novatadas universitarias. Me dijeron que además eres pintor... He visto tus cuadros en la Exposición Estudiantil. Si te interesan las artes, te invito a visitarme en mi casa, aquí en el campus... Puedes venir con tus compañeros cuando lo desees. Mi mujer Candita hace buen café.»*

Aquel día de cátedra y de diálogo con invitación, me situaron en vuelo tras Don Héctor, como le llamábamos. Situación en vuelo de una relación que creció con muchos matices tutelares, no ajena a una casa de estudios que desplegaba sus dorados ideales posesionada de la ciudad universitaria, cuyos iniciales caminos de tierra eran un alcance providencial para llegar a sus modernas edificaciones. Uno de esos caminos me llevaron continuamente al hogar del poeta, en mis últimos años estudiantiles, y posteriormente.

Con mis compañeros del Grupo pictórico Friordano, visitamos la casa de Incháustegui. La mirada a una selecta colección de arte dominicano nos produjo una estimulada conciencia creativa. En esa colección se juntaban obras de Giudicelli, Eligio Pichardo, Hernández Ortega, Celeste Woss y Gil, Plutarco Andújar, Guillo Pérez, Lepe, entre otros, y algunos autores como el mexicano

Diego Rivera y una pintora cuyo retrato de Doña Candita, la desvelaba con esa peculiar resonancia de ser consorte de un marido embajador en muchos países latinoamericanos, además de respetado funcionario y literato conocido. A esta colección entró un cuadro de Danicel –mi seudónimo artístico– que obsequié al poeta, después de escucharle decir que su tema le recordaba las escenas cabareteras del francés Toulouse-Lautrec. Creo que esto me envaneció menos que su agradecimiento cuando le ayudé a encontrar un espacio en la antesala de los dormitorios localizados en la segunda planta del hogar.

En mi período estudiantil Don Héctor se convirtió en un tutor que apadrinaba mi desarrollo intelectual y mis inquietudes universitarias, que eran muchas, así como las relaciones que fomentó no sólo para el beneficio personal, sino el de mis compañeros Daniel Henríquez y Orlando Menicucci; sobre todo el primero, con quien solía efectuar visitas cotidianas y recibir la acogida de doña Candita, que solía anunciar: «Don Héctor, aquí están tus ‘muchachos’», y entrábamos a su biblioteca, donde fuimos conociendo títulos y sobre todo a sus honorables amigos: Freddy Gatón Arce, Manuel Rueda, Alberto Baeza Flores, Aída Cartagena Portalatín, Marcos Cabral Bermúdez, Virgilio Díaz Grullón, José Alcántara Almánzar, Lupo Hernández Rueda, José Antonio Caro Álvarez... y entre otros, a Iván García, Armando Hoepelman y Margarita Luna, con los cuales tuve el honor de integrar el Primer Comité de Extensión Cultural de la Universidad, siendo un estudiante.

Mi investidura como educador en 1969, encontró para mi tesis de grado mucha documentación en la biblioteca hogareña de Don Héctor; quien leía mis borradores, incluidas las anotaciones de los catálogos de exposiciones de arte con los que hice pinitos de crítico juvenil. Escribí sobre Giudicelli, Clara Ledesma, Thimo Pimentel, sobre el Friordano e incluso un texto titulado «Pintores de Santiago», llenos de errores gramaticales que me costó una reprimenda de Don Héctor; por no habérselo dado para su revisión. Aun esta grave falta el poeta ordenó su impresión, figurando en la Colección Estudios del programa editorial que él dirigía.

Previo a la fecha en que el Rector Monseñor Roque Adames depositó en mis manos el título de licenciatura, Don Héctor me hizo saber que la institución estaba interesada en que siguiera vinculado como docente, lo que fue una sorpresa, ya que de mi grupo de promoción fui el único que no obtuvo reconocimiento. Al señalar esta circunstancia el maestro observó: «Un Cum Laude u otros reconocimientos no le dan al hombre más estatura humana ni sapiencia de la que uno proyecta simplemente. Muchos en la universidad, y me incluyo, queremos que comience como profesor de español y siga oficialmente cooperando con las actividades artísticas de arte y cultura.» Consciente de mis deficiencias en asuntos lingüísticos, y pese a que Don Héctor se ofreció a capacitarme académicamente, opté por enseñar Historia de la Cultura Occidental, desprendiéndose el poeta de un par de libros sobre filosofía e historia que tenía en sus celosos y reservados librerías personales.

Una mayor permanencia en los predios universitarios conllevó un acercamiento más estrecho e íntimo con quien acentuaba la experiencia de vida que las almas carnales de mis padres me habían otorgado. No había un día laboral en la Madre y Maestra en la que no me encontrara con este padre intelectual, interactuando cuando los momentos surgían para ambos y con otros. Más discípulo suyo e incondicional maestro mío en todos los años sumados entre 1969-1978, fue oyente de los inspirados poemas que producía laboriosamente y de otras producciones: discursos, conferencias y ensayos, aparte de que me ofertaba lecturas de escritores diversos y no faltaban los libros que como editor universitario multiplicaba en mis manos. Con su orientación entre las lecturas de los llamados narradores del boom latinoamericano, conservando algunas novelas que me dedicara con su puño y letra, entre ellos *Cien años de soledad*, de García Márquez.

Cómplices de mutuas confianzas, Don Héctor describía entre sorbo de café y bocanadas de humo, una *Historia de la espiritualidad dominicana*, o una *Breve historia de la literatura nacional* que completaría a *De literatura dominicana siglo veinte*, editada en 1969 y en cuya portada aparece en foto con Tomás Hernández Franco y Ramón Marrero Aristy, de quien solía hablar más del segundo, escritor de quien conservaba una pintura de Rivera que le trajo de México, constriñendo el dolor de su absurda y violenta muerte. Una tarde, entre tragos de añejo ron expresó: «Marrero como yo gozamos siempre del aprecio del Jefe; de su respeto como los intelectuales que éramos. Él sabía de mis encuentros con Juan Bosch cuando estuve en La Habana y más de una vez me preguntó por su enemigo, que él sabía era desde siempre mi amigo. A diferencia de Marrero, me cuidaba de no provocar enojos en el Jefe. Y fue un enojo producido por una bellaquería en un encuentro con Ramón, que él ordenó que se lo quitaran de la vista y los matones entendieron que lo asesinaran.»

Conversaciones como las citadas fluían cuando Don Héctor me avisaba que se quedaba solo en la casa, ya que Doña Candita viajaba a Santo Domingo a ver sus hijos y al padre. Los tragos hacían fluir amores secretos tenidos en su juventud, incluso citaba a sus amigos del natal Baní, rememorándolo debajo de un gran tamarindo y en noches de serenatas o juergas en el parque y en las arenas de Paya. Cuando hablaba de Baní, dibujaba lleno de inmenso amor a los suyos, a su parentela, a Candita, y nunca faltaba Xavier Amiama, a quien figuraba con su hermosa voz, de tanto escucharlo citar a este personaje; fue de gran júbilo para mí mostrarle un cuadro que adquirí del pintor, pagando 25 pesos dominicanos. «Yo vi pintar ese cuadro,» me dijo aguados sus ojos. «Fíjate en el Tamarindo, es un paisaje criollo, sureño, dominicano, diferente a otra pintura que nunca te he mostrado.» El secreto desvelado era un pequeñísimo cuadro de temática haitiana, pintado en Puerto Príncipe, donde Amiama se refugia de auto-persecuciones y hostigamientos oficiales que producían sus amoríos.

De mis relaciones con Héctor Incháustegui Cabral obtuve apoyo para conocerme mejor: estímulos para crecer intelectualmente sin engreimiento y visión de la vida sin desbordes de alegrías, sin evasión del miedo y de cara a lo imprevisible. Él fue el



más eficaz provocador de mis alcances fundamentales, sobre todo de mi incursión en la historia del arte dominicano. Un intercambio entre la Universidad Católica de Ponce y nuestra Alma Mater de Santiago, conllevó un papel interinstitucional en la isla puertorriqueña, en el cual los temas del país dominicano fueron del interés de la audiencia. Alguien del público preguntó sobre el desarrollo de las artes y cómo era el autor de una muestra pictórica que se estaba exhibiendo, al Padre Juan Collado que era el coordinador de aquel intercambio, me señaló como el expositor indicado. Allí improvisé un trazado de la pintura nuestra, no sé si fue anotado, grabado o referido verbalmente a Don Héctor, quien me solicitó escribir mis ideas como índice de contenidos para un ensayo de posible publicación. Él sabía que yo estaba interesado en cursar estudios de maestría, planteándome que si escribía una historia de la Pintura Dominicana, podía gestionarme el postgrado que me fue otorgado para realizarlo en el Recinto de Río Piedras por la Universidad de Puerto Rico. Al reincorporarme a la Madre y Maestra le entregué mecanografiado el texto *La pintura en la sociedad dominicana*, editado en 1979, inicialmente bajo su coordinación y ya residiendo en Santo Domingo a raíz de convertirse en importante miembro del Gabinete del Gobierno del Presidente Antonio Guzmán.

Don Héctor fue convencido de dejar temporalmente su condición de escritor residente de UCMM y servirle al país en un momento de transición hacia el alcance de un sentido más real de la democracia dominicana. Sus experiencias diplomáticas le convirtieron en mediador de la transición gubernativa no traumática, orientada con el concepto de «borrón y cuenta nueva», especie de alianza entre los sectores del poder político. Previo a la instalación del Presidente Fernández, y ya en su ejercicio gubernativo fueron frecuentes mis encuentros con Don Héctor, el cual discretamente me manifestó: «Deseaba recomendarte para el cargo de Director de la Galería de Arte Moderno, pero se interpone la aspiración de una dama importante del PRD. De todas maneras si no deseas un cargo público que puedo gestionarte en el área de Educación y Bellas Artes, he pensado que tú puedes ser mi sucesor en el programa editorial de la Universidad, a la cual no sé si regresaré.» Así fue, me lo dijo sin falta de ánimo, en la senectud, con su tos, el encendido de la lámpara de la amistad, cuidándome del frío y del resfrío, tomando partido...

Regularmente suelo revivir a mi amigo, mentor y padre, pronunciando los siguientes versos:

*Morir es, / simplemente, / te lo diré, para no herirte sonriendo, / morir es, –no lo tomes a mal, / anhelo que compartas conmigo la verdad, / que la comamos con agua, con café con vino– / morir es / que carne y pensamiento, / la mente y lo que sostiene el esqueleto, / la llama y bujía, / la hoja y el filo de la hoja, / morir es, repito, morir es / ser imparcial, / estar en la sombra y en la luz, / en el desierto y en el fondo de la mar / al mismo tiempo, / morir es no tomar partido, / quedarse donde el muelle acaba / cuando ya el barco despegó / y el pañuelo que enarbole el que se ausenta / dice adiós a todos los que quedan, / tú y cuantos como tú / clava la indecisión entre gaviotas / y viento, / la ola salpicando sal y yodo / lágrimas secando.*

## Frank Moya Pons

### Héctor Incháustegui Cabral en mi memoria

Éramos todos jóvenes entonces y veíamos a Don Héctor como un hombre de muchísima experiencia. Todos, profesores y autoridades de la Universidad Católica Madre y Maestra, lo respetábamos mucho, tanto por sus credenciales como por su afable trato y bonhomía. Algunos, con tendencias de izquierda, desconfiaban de él por haber sido embajador en México y encargado de negocios en Cuba durante la Era de Trujillo, y embajador en Brasil representando al Triunvirato que presidió su pariente Donald Reid Cabral. Otros, como yo, que descubrimos temprano en él un pozo de saberes inacabables, nos acogimos a su sombra bienhechora y nos dispusimos a aprender de sus memorias.

Nos pasábamos largas horas conversando «de todo lo humano y lo divino», decía él. Recurría continuamente a su biografía para transmitirnos lecciones del vivir y del poder, del escribir y del saber. Tenía a mano una máxima o un proverbio para casi todas las situaciones, y los enunciaba como dictámenes de sabiduría, adornándolos muchas veces con anécdotas propias y ajenas.

Era un poeta y escritor que manejaba sus lecturas como parte de su propio vivir y por ello era común escucharle citar textos, casi siempre frases aleccionadoras, de viejos libros de juventud. Entre sus citas y sus convicciones parecía que no había distancias pues lo que decía era lo que había retenido como lecciones de sus lecturas. Gozaba transmitir esas cápsulas de conocimiento a los más jóvenes y apreciaba que lo escucháramos. Pontificaba sin solemnidad acerca de lo que la vida le había enseñado y se esmeraba en enseñarnos lo que él había aprendido del vivir. Era como si buscara ahorrarnos experiencias para acelerar nuestra maduración como adultos y como intelectuales o profesionales.

Don Héctor era, sobre todo, un intelectual. Leía mucho, muchísimo. Había sido corrector de pruebas y periodista en su juventud y no leía nada que no sometiera al escarpelo de la ortografía y la gramática. Viéndolo de cerca corregir borradores aprendí mucho de la «lógica» literaria: dónde estaba el sujeto de las oraciones, dónde el complemento, dónde interrumpir las frases muy largas, dónde eliminar adjetivos muy emocionales, por ejemplo.

En una sola cosa no estábamos de acuerdo y ésta era su irremediable hábito de escribir párrafos muy largos compuestos de muchas oraciones incidentales separadas por comas por aquí y por allí. Entonces yo también escribía utilizando párrafos enormes, pero detestaba los incidentales y componía larguísima oraciones que sólo son posibles en el idioma español. Discutíamos mucho acerca de esta forma de escribir que nos acercaba y nos separaba a la vez. Era muy divertido.

Con el tiempo dejé de escribir así para facilitar el trabajo de mis traductores a otros idiomas, y todavía pienso cómo sería para éstos la tarea de enfrentarse a los párrafos de Héctor Incháustegui Cabral.

Don Héctor era un trujillista sincero. Creía que durante la dictadura el país había crecido y se había modernizado, que el Estado se había organizado, que la economía se había ampliado hasta llegar a favorecer a las mayorías, y que las condiciones sociales habían mejorado a pesar de las restricciones políticas, el autoritarismo y los crímenes de la dictadura. Don Héctor creía que él había vivido del lado luminoso de la dictadura y que si el régimen de Trujillo había terminado tan mal, eso se debía al ascenso de lo que él llamaba los «trujillistas de la sombra».

Admiraba a Manuel Arturo Peña Batlle, de quien se sentía protegido y discípulo. Confesaba que mucho de su formación intelectual se debía a la influencia de algunos de los exiliados españoles que vinieron al país durante la Segunda Guerra Mundial huyendo de la guerra civil y el triunfo del franquismo en su país. Se sabía protagonista del movimiento de renovación intelectual que surgió a partir de la llegada de los exiliados españoles. Sentía que su vida diplomática había contribuido a completar su formación pues en el exterior cultivó la amistad de intelectuales más prominentes de los países en que fue embajador.

Se sabía poeta y le gustaba que lo consideraran poeta. Conocía el valor de su poesía. Entendía, como otros, que con él la poesía social dominicana había dado un paso de avance, y tenía plena conciencia de sus aportes a la historia de la cultura dominicana. Cultivó también el teatro y la prosa poética, y escribió reveladoras memorias en un libro inolvidable titulado *El Pozo Muerto*.

Llevaba una vida metódica. Desayunaba exactamente a las siete y cuarto de la mañana. Almorzaba con igual exactitud a las doce y cuarto del mediodía, y cenaba en punto a las seis y media de la tarde. Me decía que llevaba ese método en las comidas para no recaer en una úlcera estomacal que una vez tuvo. Fumaba mucho, creo que muchísimo, y tomaba poco, aunque a veces me contaba que hubo una época en su juventud que tomaba muchos tragos en compañía de su primo Rafael Herrera Cabral.

Su esposa Candita le administraba bien su tiempo de comidas y le llamaba la atención con frecuencia por su hábito de fumar. Don Héctor acogía aquellos reproches con un aire de travesura y de cinismo pues decía que de algo tenía uno que morir algún día. Doña Candita lo protegía como a un niño. Como una madre protectora le preparaba sus comidas y le cuidaba una corta siesta que le permitía recobrar energías para regresar a su oficina en la universidad a las dos y media de la tarde.

Esa vida metódica lo hacía puntualísimo. Llegaba temprano a su despacho, normalmente a las ocho y quince de la mañana, y se retiraba a almorzar a las doce menos cuarto. No le gustaba quedarse allí después de las cinco de la tarde pues decía que el suyo era un trabajo sin urgencias y que las cosas pendientes podían esperar hasta el otro día. Cuando por alguna razón el rector, Mons. Agripino Núñez Collado, le pedía que se quedara a trabajar minutos u horas extras, Don Héctor lo hacía, sí, pero le recordaba bromeando que él estaba casado y que Doña Candita le esperaba, a diferencia del rector que no tenía una mujer

aguardando en su casa su regreso. «Los curas pueden trabajar horas extras si quieren, pero nosotros los hombres casados tenemos otras obligaciones», decía Don Héctor elevando la barbilla en señal de cariñosa desaprobación.

Después de su temprana cena, a eso de las siete y media de la noche, se iba con Doña Candita a visitar a su pariente Marco A. Cabral, prominente abogado de Santiago, y a su esposa Rosita Tavares. Allí pasaban un par de horas hablando de todo, o se iban al cine. Recuerdo que iban al cine sin saber qué película pasaban esa noche. Luego, ni recordaban lo que habían visto, pero habían pasado el tiempo juntos.

Recuerdo también un día de mayo de 1978, poco después de las elecciones de 1978, cuando Don Héctor me visitaba en mi casa en Santo Domingo interesado en saber qué estaba pasando durante la crisis electoral que siguió a la invasión militar de los centros de votación en el pasado día 16. Sonó el teléfono y era la secretaria de Doña Sonia Guzmán, quien le pedía ponerse al auricular para que la hija del presidente electo hablara con Don Héctor, quien fue entonces invitado a regresar a Santiago en donde Don Antonio Guzmán le pidió que trabajase con él como su secretario particular.

A partir de agosto de ese año, todo cambió para él. Se trastocaron sus horarios. Dejó de levantarse y acostarse a las horas acostumbradas. Tomaba el desayuno a deshoras, almorzaba y cenaba también a deshoras. Si un amigo quería hablar con él de algo personal debía ir a su casa a las seis de la mañana, que era la hora más privada que tenía para compartir. Dejé de verlo por semanas y cuando lo veía por unos minutos notaba cómo su semblante se desmejoraba paulatinamente.

Un día le dije: «Don Héctor, usted no puede seguir así; usted se está matando». Y él me dijo con sincera brutalidad: «Ay Frank, yo sé que me estoy matando, pero acuérdate que hace muchos años no tengo próstata. Después que un hombre no puede funcionar sexualmente lo único que le queda para gozar es el poder».

Me entristecieron mucho esas palabras y no volví a verlo hasta que me dijeron que estaba interno y gravemente enfermo en el Centro Médico UCE, a raíz de haber sufrido el infarto masivo que le quitaría la vida. Me dijeron que había preguntado por mí y corrí a visitarlo. Tan pronto entré en su habitación me dirigió la palabra y me dijo: «Tal como hablamos, Frank, me estoy muriendo. De esta yo sé que no salgo, pero creo que le he sido útil al país. Escribí el discurso del presidente, ¿verdad que fue un buen discurso?»

Asentí y le dije que había sido un gran discurso de rendición de cuentas del primer año de gobierno del presidente Guzmán, que él debía sentirse muy satisfecho. Me respondió: «Sí, pero me jodí. No me importa. Crié y eduqué bien a mis hijos que son hoy buenos profesionales y hombres de provecho. Tal vez le pongan mi nombre a una calle. Eso sería suficiente para mí. Me di mucho gusto en la vida...»

Le conforté en lo que pude y salí de la habitación convencido de que no lo vería más con vida, como efectivamente ocurrió pues murió días después, acompañado de toda su familia que lo amaba entrañablemente. Sus amigos, que lo queríamos casi igual que sus hijos, sentimos que su partida dejó un gran hueco en nuestras vidas que no llenaría nadie más.

## Franklin Domínguez

### Don Héctor Incháustegui Cabral

Don Héctor, como cariñosamente le llamábamos los integrantes de una generación de jóvenes inquietos por la literatura y el arte, entre los que mencionaría a Máximo Avilés Blonda e Iván García que, al conocerlo, compartíamos muchos de sus momentos íntimos, es uno de esos grandes dominicanos que se convierten en extraordinarios, no sólo por su capacidad intelectual y vasta cultura sino por su noble disposición de compartir su sabiduría con los demás.

Sencillo, humilde, espontáneo, de hablar quedo, persuasivo y convincente, educaba con su ejemplo como esposo, como padre, como hermano, como amigo leal. Periodista cabal, diplomático, atento y servicial, recibimos de él elogios a nuestro quehacer literario y teatral y sus atenciones personales, como su invitado, cuando le visitamos en su Embajada en México.

Tuve el privilegio de dirigir una de sus obras en verso, recreaciones de los clásicos griegos, del tomo *Miedo en un puñado de polvo*. Me refiero a su obra *Hipólito*, tan hermosa como su *Prometeo* y *Filoctetes*, esta última que adapté a un guión cinematográfico que confío se filme algún día.

Extraordinario poeta, con gran fuerza dramática, algunos han afirmado que su mejor poesía está en su teatro.

Hombres como don Héctor, sobreviven a su muerte a través de sus obras y se convierten en motivo de inspiración y de orientación para las nuevas generaciones llenas de profundas inquietudes espirituales.

## Ida Hernández Caamaño

### Don Héctor Incháustegui Cabral

Llegó un día a la vida de nosotros por razones del trabajo literario de José. Y deseosos siempre de encontrar ecos y espacios con personas que compartieran y disfrutaran la literatura, el arte en general, todo lo humano tejido en ese mundo; queriendo compartir y encontrar razones y explicaciones para este interés de uno en asuntos poco comunes de la vida ordinaria; tratando de conocer el trillo previo recorrido por estos hacedores de sentimientos y emociones, los experimentados en el campo de la devoción y amor por las palabras, con su anuencia para el trato cercano y su espíritu de maestro de las artes del mundo, arrimamos el alma, abrimos el oído, y escuchamos la vida a través de una voz que empezaba a entregarnos la suya. El nexo directo con José por asuntos laborales, se hizo profundo, personal y extensivo a mí, y de nosotros a doña Candita, su bellísima mujer, llena siempre de entusiasmo, con una risa contagiosa y expresividad desbordante.

No intento ni siquiera precisar el momento exacto de mi primer encuentro con él, pues mi recuerdo más claro e íntimo son aquellas visitas que hacíamos a la casa de su hijo Sergio, pediatra de nuestros hijos mayores, y de su esposa Atala, donde me sentía privilegiada de su amistad y de poder aprender de manera particular, tanto sentido de poesía, donde en un pequeño patio interior, sentado en una mecedora, don Héctor nos acogía casi de modo exclusivo, con amabilidad auténtica. A su lado, doña Candita completaba para mí las motivaciones de esos encuentros siempre llenos de anécdotas que destilaban sabiduría, conocimientos y una especie de entrega de sus impresiones sobre la vida misma. Sobre lo que se hablaba, don Héctor a menudo hacía observaciones interesantes de carácter humano, social...

Leer *Poemas de una sola angustia*, los temas de la muerte, su *Rebelión vegetal*; encontrarme con su poesía social, su «Canto triste a la Patria bien amada», su libro autobiográfico *El pozo muerto*, y trabajos acerca de su obra, me dieron una visión más completa de este hombre que de la vida académica, entre autores, imprentas y palabras se escapó al mundo peligroso de la política, para caer enfermo y abatido un 5 de septiembre inolvidable para nosotros doblemente, primero por ser el de su partida y el del tercer cumpleaños de nuestra hija Yelidá.

22 de enero de 2012.

## Iván García Guerra

### Un Padre

Al terminar una lectura escenificada de *Filoctetes*<sup>1</sup> en homenaje conmemorativo a Don Héctor por la fecha de su nacimiento<sup>2</sup>, Flor de Bethania Abreu, quien producía el espectáculo, solicitó que alguno de los familiares dijera unas palabras. Marino<sup>3</sup>, se levantó y dijo alterado algo así como: «mejor que hable Iván, el único de sus hijos que le salió artista». Y yo que al final de la obra ya había llorado descontroladamente como el personaje central que interpretaba, de repente sentí que no iba a poder, ahogado por la emoción. Me costó trabajo pero lo hice, contagiando a los circundantes con la desbordada efusión de amor. Al final de la *Guerra Patria de Abril del 65*, un grupo de amigos constitucionales fuimos a su casa para enseñarle algunos trabajos. Y él nos recibió con sus impertérritas mansedumbre y amabilidad<sup>4</sup>. Más tarde nos aludiría en uno de sus poemas como *llegaron con sus tablas bajo el brazo*, significando acertadamente que éramos náufragos. Había sido designado Director del Departamento de Español de la *Universidad Católica Madre y Maestra* de Santiago<sup>5</sup> y de aquella reunión resultó inesperadamente mi designación como profesor de gramática de dicho centro. Allí, acompañado por mi madre, fui a vivir durante dos años bajo su protección patriarcal. Desde el inicio fuimos inseparables; pasaba más tiempo en su magnífica biblioteca que en mi casa y fueron muchos los hermosos momentos que compartimos. Uno de ellos su primera clase: me pidió que asistiera para que opinara sobre su «técnica». Cuando acabó impulsivamente me dijo: «No tienes que hablar; por el rubor de tu rostro sé que no lo hice bien». Sin duda lo más inmerecido, quizás, fue la confianza que desarrolló en mí: «tú no sabes mentir» me decía, e insistía en leerme verso por verso los poemas que escribió en ese período<sup>6</sup>, aunque yo estaba y estoy convencido de que aquello era absolutamente innecesario. Y el tiempo se me hizo valioso y precioso gracias a sus desbordamientos de docta sapiencia y a su gracioso desprendimiento; mucho de lo que soy y mi comportamiento profesoral ulterior se lo debo a ese invaluable período en que fui plenamente su hijo. Y todo ello amenizado con el café siempre presente que traía su fiel compañera Doña Candita, siempre cantarina. Imposible no mencionarla. Para mí es uno de los cinco grandes poetas dominicanos y uno de los hombres admirables que he conocido, que pueden ser menos. Antes de pretender dictar cátedra crítica a su alrededor he preferido referirme a esos momentos íntimos que de otra manera serían injustamente ignorados, y que son, lo aseguro, valiosísimos para dimensionar su verdadera estatura, la cual, como a todos los gigantes, tratan de empuqueñecer ruínicamente los mediocres enanos. No me cabe duda: fue, regalado por el destino, un Padre que admiro y admiraré por su integridad, por su vocación de enseñanza y por su desprendimiento, latiendo en cada instante de su vida.



1 Una de las obras teatrales de la trilogía *Miedo en un puñado de polvo* de Incháustegui Cabral. Son las otras dos *Prometeo* e *Hipólito*.

2 25 de Julio.

3 El menor hijo de un total de tres. Los otros dos: Sergio y Joaquín.

4 Lo conocíamos desde mucho antes, cuando fue *Director de Bellas Artes*.

5 Hoy *Pontificia*.

6 *Diario de la guerra, Los dioses ametrallados* y lo que se me antoja una despedida: *En llegando al arrabal de senectud*.

## Jacinto Gimbernard Pellerano

### En el recuerdo de Héctor

Aquel Palacio de Bellas Artes del cual fue director Héctor Incháustegui Cabral en mis años mozos, constituía la solidificación esplendorosa de una novedad neoclásica de la dictadura de Trujillo. Era nuestra casa amada. Una respetada isla de la cultura en medio de la opresión semisumergida de aquellos años.

Héctor, con la potente radiación de su vasta cultura y sus serenos modales de gentil y comedido caballero, llenaba todos los espacios internos y externos de aquella edificación mágica, donde las artes parecían florecer con la espontaneidad de lo silvestre, de lo natural, de lo que, despojado de poses y mentiras, se instalaba sobre bases eternas de auténticos valores.

Tuve el privilegio de tratar de cerca a este hombre, aparentemente algo taciturno, aunque fácilmente iluminable con cualquier aspecto de la cultura. ¿Qué nos acercó tanto? ¿El violín? ¿Mi trabajo musical? No. Fue el interés apasionado por la antigua Grecia, por la vida y la muerte, por los ascensos y los descensos. Yo había nacido en 1931 y Héctor en 1912. No éramos contemporáneos pero compartíamos inquietudes y criterios no muy usuales.

Creo que todo comenzó en el estupendo despacho que se había diseñado para el Director de Bellas Artes, decorado con objetos de gran valor y exquisito buen gusto. El caso es que alguna mañana le dije que me interesaba tanto el antiguo mundo griego, porque presentaba un círculo completo de nacimiento y muerte. Héctor, con su sonrisa extraña, me dijo escuetamente: «Jacinto...sigue por ahí, que en la Grecia antigua está todo».

Me empeñé en estudiar griego (las ediciones bilingües de la Universidad Nacional de México me sirvieron mucho) y para familiarizarme mejor con la grafía, ideé escribir en español usando el alfabeto griego. Cuando Héctor se enteró, me dijo con su media sonrisa: «Ojalá se me hubiera ocurrido eso...habría escrito más». «¿Tú crees?», le dije en tono jocosos, con la confianza que él me había obsequiado al pedirme que lo tutelara. Es que yo sentía la presencia del drama griego en la producción de este poeta, esteta y humanista. Luego, su producción teatral en tres obras para la escena: *Prometeo*, *Filoctetes*, *Hipólito*, confirmó lo que ya sentía en él. Una visión universal sin detentamientos de tiempo.

Todavía hoy aquí, en este plano de ocultaciones y sombras, en ocasiones se me plantan por delante imágenes como la de Edipo rumbo a Tebas, donde, en un cruce de caminos, le aguarda la realización de una terrible profecía. ¿Qué es su portentosa obra *Miedo en un puñado de polvo* sino una revivificación de la tragedia que los griegos comprendieron a la perfección y que Héctor revive en estas obras maestras? Él asume y presenta la célebre «Anaké» griega, o sea el inevitable destino de los humanos. Nos rige un destino del cual no podemos escapar.

Nos conmueve recordarlo hoy, en el centenario de su nacimiento, sin que se trate de una recordación ocasional, puesto que este inolvidable amigo está presente en muchos criterios fundamentales que nos acompañan a diario, porque creo en ellos y mantengo vivas las luces parpadeantes de una esperanza en que algún día logremos ser mejores.

Junto a él, adopto y acojo lo que dice en su poema «Invitación a los de arriba», que no tiene tiempo ni límite:

*Sí, a vosotros os invito;  
si queréis bajar,  
podéis hacerlo.  
¿Qué no tenéis cuerdas,  
ni escaleras de mano,  
ni los deseos ni los impulsos necesarios?  
Tanto peor para vosotros,  
para vosotros que vivís  
nada más que para la blanca superficie.*

## Jeannette Miller

### Poemas de solidaridad y fe en la obra trascendente de Héctor Incháustegui Cabral

Dos intelectuales dominicanos de renombre y a quienes me siento muy unida, me refiero a José Alcántara Almánzar y a Danilo de los Santos, fueron personas cercanas a don Héctor Incháustegui Cabral. Danilo como profesor de la Universidad Católica Madre y Maestra de Santiago, editor de la revista Eme-Eme, y posteriormente, director del Departamento de Publicaciones de dicha universidad; José Alcántara, brillante autor e investigador de la literatura dominicana, trabajó con don Héctor como corrector de pruebas, cuando él dirigía la revista Eme-Eme y la Colección Contemporáneos para la PUCMM, en la segunda mitad de la década de 1970. Así establecieron lazos de amistad, que se fueron fortaleciendo por las afinidades literarias y por esa empatía personal que une a muchos y separa a otros, y que en este caso sirvió para acercar a los dos escritores, hasta el punto que Incháustegui quiso que la introducción a su obra poética completa publicada en 1978 fuera escrita por Alcántara Almánzar. En 1980, ya fallecido don Héctor, los jurados de los premios Siboney: Manuel Rueda, Freddy Gatón Arce, Máximo Avilés Blonda, Virgilio Díaz Grullón, Ramón Francisco, Marcio Veloz Maggiolo, Pedro Troncoso Sánchez y Hugo Tolentino Dipp, entre otros, decidieron a unanimidad escoger a Alcántara para sustituir a Incháustegui como jurado del Premio de Ensayo.

Yo, particularmente, conocí a don Héctor, no a través de Tongo Sánchez, mi mentor, quien era amigo de toda la intelectualidad de la época; fue Miguel Alfonso, y ese puñado de escritores que constituyeron la Generación del 60 y que vinieron a proyectarse después del ajusticiamiento de Trujillo en 1961, quienes me acercaron a su obra.

Don Héctor había sido diplomático durante la Era de Trujillo, y esa condición, adornada con anécdotas positivas y negativas, lo presentó en un primer momento con el estigma de ser uno de los intelectuales que apoyaba a la dictadura; no fue sino después de leer su poesía, donde proyectaba un genuino interés por los pobres, por los olvidados de la vida, cuando una repentina curiosidad por su obra se despertó entre nosotros.

Y se iniciaron las lecturas: *Por Copacabana buscando, Los dioses ametrallados, Poemas de una sola angustia*,... libro, cuyo título, por sí solo, resultaba un poema.

No recuerdo bien si fue en su casa cuando lo vi por primera vez. Pero no se me borra de la mente aquel hombre pequeño de estatura, un poco pasado de libras, con una cara ancha y sonriente donde los espejuelos de pasta negra le cubrían la mitad superior del rostro.

Sentado en una mecedora en mangas de camisa, junto al amor de su vida, doña Candita, sus manos recortadas emergían de la penumbra como dos pájaros inquietos.

Tampoco olvido su cultura que abarcaba desde los textos del *Mahabharata* hasta el *Popol Vuh*, sin olvidar la *Odisea* ni el *Discurso del Método*. Sí, desde la Ilustración hasta los mayas, desde *La Araucana* hasta Santa Teresa de Jesús, oírlo hablar era como repasar una enciclopedia viviente que se había detenido en los clásicos griegos para escoger, entre esa multiplicidad de géneros y estilos, una poesía casi directa donde la épica y la lírica se entrelazaban para regalarnos versos contemporáneos, testimoniales y de denuncia, pero también, poemas de una religiosidad indiscutible.

En la década de 1960, los escritores más jóvenes adoptaron el poema *Canto triste a la Patria bien amada*, como alternativa de *Hay un país en el mundo*. También emparentaban el verso directo de Incháustegui Cabral con la poesía de T. S. Eliot, con el interés de poner en su lugar, de clasificar, esos versos duros y directos, realmente narrativos, que aparecían por primera vez en la poesía dominicana. (1)

Como antecedente local, otros críticos enlazaban a Incháustegui con Moreno Jimenes y en el ámbito de la poesía universal con Carl Sandburg. (2)

En la presentación al libro de ensayos de don Héctor titulado *De literatura dominicana siglo XX*, el escritor Andrés L. Mateo, miembro prominente de la llamada Poesía de Post-Guerra, afirma: «...pese a ser un hombre de pensamiento conservador, Héctor Incháustegui Cabral produjo textos poéticos de gran vocación revolucionaria, y hasta abiertamente subversivos en el seno mismo de la dictadura de Trujillo, a la cual servía. Un libro como *Poemas de una sola angustia*, de 1940, es todavía un trueno lo bastante ensordecedor como para preguntarse el porqué el poeta no pagó la provocación con la cárcel. El mismo Incháustegui afirmaba que ‘en la República Dominicana ni la censura leía’, eludiendo el designio siniestro que lo que él decía en su poesía acarrearía». (3)

Y es que desde *Poemas de una sola angustia* (1940), Incháustegui proyectó una preocupación social, una solidaridad con los de abajo que pudo haberle costado la cárcel y hasta la vida, y esta preocupación social está presente en todo lo que escribió, aun en los poemas de amor o de corte religioso.

En este sentido, José Alcántara Almánzar afirma: «...es raro que un poeta revele desde su primer libro las preocupaciones fundamentales que orientarán su obra ulterior, muestre madurez en el empleo de los materiales de la escritura, conciencia de su labor literaria, y aptitudes formales que buscará desarrollar, hasta situarse en un nivel donde la destreza en el manejo del verso, corra parejas con la hondura en el tratamiento de los temas». (4)

Igualmente apunta Manuel Rueda: «...la región... sería el centro de sus incursiones poéticas primeras, extrayendo de ella los temas que habrían de constituir el cuerpo principal de su poesía... Su primera obra inicial de impor-

tancia, *Poemas de una sola angustia* ... es una obra realista de acentuada protesta social, a la que incorpora la Patria paupérrima y doliente, la suerte de la muchacha rural, las faenas de los hombres humildes y las desigualdades sociales, unidos al paisaje y a la aridez del Sur nativo...». (5)

Sí, Héctor Incháustegui Cabral nació en Baní y la atmósfera provincial, la transparencia de las gentes, la naturaleza reverberante se percibe en versos como éstos:

*Puedo adivinar el nombre de un árbol por el color de sus sueños.* (6)

o

*Eran ángeles fuertes,  
con las manos curtidas  
y dientes de caballo detrás de la sonrisa.* (7)

En la historia de la literatura dominicana a Incháustegui Cabral se le ubica como poeta con Los Independientes del 40 junto a Pedro Mir, Tomás Hernández Franco y Manuel del Cabral, siendo él, el más joven de los cuatro. Pocos lo mencionan como dramaturgo, aunque lo fue, habiendo escrito *Miedo en un puñado de polvo*, libro que incluía tres obras de teatro: *Prometeo*, *Filoctetes* e *Hipólito*, y al que Manuel Rueda califica como una «vuelta a los cánones greco-latinos».

Periodista, escritor, diplomático... además de versos escribía ensayos, muchos de los cuales trataban la realidad social y política. Era «cauteloso, recatado, vigilante y austero», afirma el poeta y crítico chileno Alberto Baeza Flores, quien también sostiene que: «Héctor Incháustegui Cabral ha sido un poeta centrado en un grupo de temas que ha ido desarrollando de modo sostenido y firme...». (8)

A lo largo de la poesía de Incháustegui Cabral se percibe cómo siempre dimensiona a los humildes en versiones casi bíblicas donde la humanidad resplandece, principalmente en los más pobres y despreciados.

Solidaridad y fe podrían definir esa constante preocupación por el hombre, por el prójimo maltratado y carente, que sin embargo es, al igual que los grandes y poderosos, hijo de Dios.

Veamos estos fragmentos de su poema Retorno al hombre:

*¿Y el hombre?*

*Sí, esa forma regular de lodo, espíritu y microbios...*

*...El que secó su cabeza en fiebres redentoras*

*el que comió del pan amargo y tragó lágrimas...*

*...quítadle la pesada cadena que lleva en la cintura  
dadle agua limpia...*

*...alojadle junto a vuestro corazón*

*llamadle hermano...*

*...y no miréis sus uñas ni su camisa rota;*

*respetad su barba sucia y sus palabras ligeras*

*que se remontan a la nube y al ensueño... (9)*

En su obra *Estudios de poesía dominicana*, publicada en 1979, José Alcántara Almánzar afirma: «Las inquietudes y el estilo del poeta han sido relacionados con Eliot y Sandburg... De T. S. Eliot (1888-1965) proviene, por un lado, la técnica del verso libre, el afán por explorar la significación de la vida y la condición del hombre, los versos duros que no evitan los prosaísmos, la preocupación por la heterogeneidad urbana con su muchedumbre apática y mezquina; y por otro, a partir de *Miércoles de ceniza* hasta *Cuatro cuartetos*, la búsqueda de lo eterno a través de Dios». Como soporte de esta última afirmación, este fragmento de *Las ínsulas extrañas*:

*Dios me habita.  
Soy su obra y su razón.  
Me hizo como a Él,  
a su imagen labró mi pensamiento,  
por Sus manos y mi carne  
a Su semejanza estoy edificado...*

«De Carl Sandburg (1899-1961) –continúa Alcántara Almánzar– (adopta) el lenguaje coloquial, las expresiones familiares llenas de rudeza y extravagancia, la crítica social, la fe en el hombre común y los sentimientos de identificación con las luchas sociales del proletariado».

Como en estos versos del poema *Cafetales*:  
*Porque yo sé que a quien te siembra y cuida,  
injusto cafetal, solamente le das tablas de palma,  
cuatro horcones podridos,  
veinte frágiles canas,  
por cama el suelo,  
por mesa sus rodillas,  
por mujer; la que le dejen,  
y por honra, la que quieran... (10)*

Podríamos afirmar que Héctor Incháustegui Cabral ha sido el menos recordado de los cuatro poetas llamados Los Independientes. Los nombres de *Hay un país en el mundo*, *Compai Mon* y *Yelidá* han brillado con justicia hasta el presente acompañando respectivamente a: Pedro Mir, Manuel del Cabral y Tomás Hernández Franco. Quizás el temperamento de don Héctor, descrito por Baeza Flores como «no dado a promocionar su obra», tenga que ver con ese olvido.

Releyendo sus versos he encontrado afinidades que me sorprenden, no sólo en la forma directa, casi prosa, que él inicia en nuestra poesía, sino en la denuncia social y en las alusiones religiosas, que proclaman su fe.

Nunca olvidaré sus palabras cuando en el auditorio de la entonces Universidad Católica Madre y Maestra de Santiago, me presentó; yo, con el pequeño tomo de *Fórmulas para combatir el miedo* fuertemente apretado en unas manos que querían ocultar su temblor, oyendo a Héctor Incháustegui Cabral llamándome poeta y celebrando la publicación de mis versos. Ni tampoco olvido su apoyo

incondicional a Nueva Imagen, una exposición originada y montada en los espacios de la UCAMAIMA que llegó a convertirse en movimiento, revolucionando las artes plásticas dominicanas.

En 1980, Danilo de los Santos, escritor, historiador y artista visual escribió en la Edición Especial de la revista *Eme-Eme* dedicada a don Héctor Incháustegui Cabral:

«Ante cada una de esas condiciones de la vida social se situó Incháustegui Cabral como un testigo no anónimo, ofreciendo un testimonio acorde con su temperamento y preferencias, que es decir, en consonancia con lo que le permitía su propia condición, primero de hombre, después de poeta, a seguidas de funcionario, siempre de animador cultural, para finalmente ser totalidad existencial en la que recreó tanto la condescendencia como la mansedumbre, tanto el miedo como el dolor y la sabiduría, tanto como la muerte, a la que vislumbró lúcido y seguro.» (11)

Hoy, que se le recuerda haciendo justicia a su obra, agradezco a la Fundación Corripio que me haya permitido externar estos recuerdos que guardo de él.

Y quizás porque mi vida ha sido un constante escribir...

Y observar para escribir...

Y sentir, para seguir escribiendo,

siempre que me preguntan he mencionado a Franklin Mieses Burgos, a Freddy Gatón Arce y a Manuel Rueda, como mis deseados nexos formales en poesía. Pero, igualmente, no han sido pocas las veces que mi encogido corazón ha repetido:

*Patria*

*y en la amplia bandeja del recuerdo*

*dos o tres casi ciudades,*

*luego,*

*un paisaje movedizo, visto desde un auto veloz:*

*empalizadas bajas y altos matorrales,*

*las casas agobiadas por el peso de los años y la miseria,...* (12)

### Citas y notas

- (1). Ver Tony Raful y Pedro Peix, *El síndrome de Penélope en la poesía dominicana*. Antología básica. Colección Orfeo. Editorial Santo Domingo. Marzo de 1986, pág. 28.
- (2). Alberto Baeza Flores, *La poesía dominicana en el siglo XX*. Publicaciones de la UCMM, Santiago, R. D., págs. 350 y 351; y José Alcántara Almánzar, *Estudios de poesía dominicana*. Editora Alfa & Omega. Santo Domingo, R. D., 1979, pág. 190.
- (3). Andrés L. Mateo, Héctor Incháustegui Cabral. *De literatura domini-*



- cana siglo XX*. Colección Bibliófilos-Banreservas. Volumen II. Santo Domingo, R. D., 2007, pág. 18.
- (4). José Alcántara Almánzar, *Estudios de poesía dominicana*. Editora Alfa & Omega. Santo Domingo, R. D., 1979, pág. 190.
  - (5). Manuel Rueda, *Dos siglos de literatura dominicana*. Poesía, Tomo II. Colección Sesquicentenario de la Independencia Nacional. Editora Corripio, 1996, págs. 127 y 128.
  - (6). De *Matanzas de Noria*: Manuel Rueda. *Dos siglos de literatura dominicana*, Poesía, Tomo II, Colección Sesquicentenario de la Independencia Nacional. Editora Corripio, 1996, pág. 136.
  - (7). De *Equivocación de los ángeles*. Poetasdominicanos.blogspot.com
  - (8). Alberto Baeza Flores, *La poesía dominicana en el siglo XX*. Publicaciones de la UCMM, Santiago, R. D., 1977, págs. 350 y 351.
  - (9). De 'Retorno al hombre'. Manuel Rueda, *Dos siglos de literatura dominicana*, Poesía, Tomo II. Colección Sesquicentenario de la Independencia Nacional. Editora Corripio, 1996, págs. 142 y 144.
  - (10). José Alcántara Almánzar, *Estudios de poesía dominicana*. Editora Alfa & Omega. Santo Domingo, R. D., 1979, págs. 185-186, 190 y 200.
  - (11). Danilo de los Santos. «Presentación» a la antología *Imágenes de Héctor Incháustegui Cabral*. Eme-Eme Estudios Dominicanos. Volumen IX, número 50. Septiembre/octubre, 1980, Edición Especial. Departamento de Publicaciones de la UCMM, Santiago, R. D., págs. 3-4.
  - (12). Tony Raful y Pedro Peix, *El síndrome de Penélope en la poesía dominicana*. Antología Básica. Colección Orfeo, Editorial Santo Domingo, marzo de 1986, pág. 158.

### Publicaciones de referencia

Alcántara Almánzar, José. *Estudios de poesía dominicana*. Editora Alfa & Omega. Santo Domingo, R. D., 1979.

Alcántara Almánzar, José. «Prólogo» a la antología *Imágenes de Héctor Incháustegui Cabral*. Eme-Eme Estudios Dominicanos. Volumen IX, número 50. Edición Especial. Departamento de Publicaciones UCMM. Santiago, R. D., septiembre/octubre, 1980.

Baeza Flores, Alberto. *La poesía dominicana en el siglo XX*. Publicaciones de la UCMM, Santiago, R. D., 1977.

Céspedes, Diógenes. 'Obras y autores dominicanos sobresalientes de los siglos XX y XXI', en *Estudios lingüísticos, literarios, culturales y semióticos*. Universidad APEC. Santo Domingo, R. D., abril, 2011.

De los Santos, Danilo. «Presentación» a la antología *Imágenes de Héctor Incháustegui Cabral*. Eme-Eme Estudios Dominicanos. Volumen IX, número 50, septiembre/octubre, 1980. Edición Especial. Departamento de Publicaciones UCMM, Santiago, R. D., págs. 3-4.

Mateo, Andrés L., «Héctor Incháustegui Cabral». *De literatura dominicana siglo XX*. Colección Bibliófilos-Banreservas. Volumen II. Santo Domingo, R. D., 2007.

Peix, Pedro y Raful, Tony. *El síndrome de Penélope en la poesía dominicana*. Antología básica. Colección Orfeo. Editorial Santo Domingo, marzo de 1986.

Rueda, Manuel. *Dos siglos de literatura dominicana, Poesía*. Tomo II. Colección Sesquicentenario de la Independencia Nacional. Editora Corripio, 1996.

## Jorge Tena Reyes

### Mi recuerdo de Héctor Inchaustegui Cabral

Estoy plenamente convencido de que Héctor Inchaustegui Cabral (1912-1979), el servidor público, el poeta y crítico literario, forma parte de una estirpe de ilustres ciudadanos dominicanos en preocupante proceso de extinción.

Conversar con él era siempre alentador por la precisión de sus juicios y el calor humano que vertía a través de sus palabras.

Nos unió nuestra recíproca pasión por el libro dominicano al que “había que ponerle alas para sacarlo de nuestras fronteras”, como solía decirme.

Héctor no solo fue buen esposo y cariñoso padre, sino también un amigo sin dobleces, pues el cultivo de la sana amistad era en él un compromiso inalterable.

Era tan honda esa convicción, que se percibe en toda su obra, ya sea ésta en verso o en prosa. Personalmente fui beneficiario de esta conducta, expresada en las dedicatorias de sus libros: En *Los dioses ametrallados* escribió: «Para el Dr. Jorge Tena Reyes, con la simpatía intelectual y la estimación cordial de Héctor», y en *De literatura dominicana siglo veinte*, escribe: «Para el Dr. Jorge Tena Reyes, testimonio de alto aprecio intelectual y de amistad. Héctor».

Con esa deferencia trataba a sus amigos el hondo poeta y agudo crítico literario que fue Héctor Inchaustegui Cabral, quien además, como lo define Ramón Francisco en su obra *Sobre arte y literatura*, «un maestro en la difícil tarea de descubrir el significado, el sentido llano y correcto de los textos poéticos».

Esto, agregamos nosotros, solo puede lograrlo quien haya sido ungido con el óleo santo de Minerva.

Como epígrafe autobiográfico, Héctor, símbolo poético del héroe homérico, «invita a los de arriba», para decirles en uno de sus poemas:

*ya sé que he hablado de más  
pero soy de esos a quienes satisface mejor  
el pago hecho en sonrisas  
que en flamantes billetes de banco.*

Así te recuerdo en tu centenario, inolvidable amigo,

## José Alcántara Almánzar

### Evocación de Héctor Incháustegui Cabral

Héctor Incháustegui Cabral fue un maestro inolvidable para muchos escritores y un sabio consejero de sus propios coetáneos, que lo respetaban por su vasta cultura, su sólida formación y esa autoridad que emanaba de su discurso. Era magnánimo y abierto a la comunicación, persuasivo y certero en sus juicios. Ejerció un auténtico magisterio hasta el día de su muerte, ocurrida el 5 de septiembre de 1979, a la edad de 67 años, cuando el país sufría la secuela del ciclón David y los azotes de la tormenta Federico. Su deceso provocó un vacío en el ámbito cultural, sobre todo en Santiago de los Caballeros, donde era escritor residente de la Universidad Católica Madre y Maestra, posición que nunca debió de haber abandonado para ir a trabajar al Palacio Nacional.

Admiré a don Héctor profundamente desde que leí sus primeros poemas, tan enraizados en su país, y en Baní, su patria chica, a través de esos versos conmovedores contenidos en *Poemas de una sola angustia*, título de su primer libro, que también usó para reunir su *Poesía completa 1940-1976*, una obra para la que me pidió el ensayo que yo había escrito como parte del libro *Estudios de poesía dominicana*, gesto que me halagó sobremanera y que agradecí con humildad, consciente del honor que implicaba.

Personalmente trabajé con él como corrector de pruebas de la revista *Eme-Eme* y la Colección Contemporáneos que él creó en la universidad de Santiago, y con él aprendí los rudimentos de la corrección de estilo y la corrección de pruebas que tanto me han ayudado en mi carrera de escritor, no sólo por las destrezas que se adquieren en ese oficio, sino por los ingresos adicionales a mi trabajo de profesor, mediante una actividad que me apasiona y de la que he recibido muchas satisfacciones.

A través de más de treinta años, leyendo y corrigiendo los manuscritos de tantos intelectuales –literatos, historiadores, filósofos– he conseguido una radiografía bastante precisa de la *intelligentsia* dominicana. Pues bien, ese proceso de conocimiento comenzó cuando trabajé con don Héctor, un altísimo poeta, un culto dramaturgo que dejó obras únicas, reunidas en *Miedo en un puñado de polvo*; un ensayista encantador, como lo prueba la lectura de *Casi de ayer*, *El pozo muerto* y su singular *De Literatura dominicana siglo XX*; un avezado periodista que dejó páginas admirables; un crítico de arte y literatura que resultó inspirador para tantos; un padre, un maestro, en fin, cuya partida no ceso de lamentar.

Pero para mí la faceta más aleccionadora de don Héctor fue su vinculación con el poder político a lo largo de su vida. Era un escritor fascinado por el poder y éste lo destruyó, llevándolo a la tumba prematuramente. Algunos le han criticado acremente su trujillismo, casi universal en su generación, una

adhesión de la que nunca renegó. Fue un prominente diplomático y funcionario del régimen de Trujillo e incluso su compadre, pero eso no evitó que don Héctor cayera en desgracia y se quedara sin empleo cuando se descubrió que su hijo Sergio simpatizaba con elementos antitrujillistas en el exterior. Caída la dictadura, nuestro poeta hubiera podido permanecer alejado del Palacio Nacional, pero su primo Donald Reid Cabral, presidente del Triunvirato, lo atrajo de nuevo al poder, designándolo Embajador en Brasil.

Después de la Revolución de Abril –de la que dejó un testimonio lacerante en *Diario de la guerra y Los dioses ametrallados*–, y ya establecido en Santiago de los Caballeros con su amada esposa Candita, en una etapa de madurez fecunda, don Antonio Guzmán Fernández, electo presidente de la República en 1978, lo reclutó para que fuese su asistente personal, designándolo Secretario de Estado sin Cartera. Desde esa posición ayudó a cuantos escritores y artistas pudo, logrando su nombramiento en cargos oficiales, siendo el caso más conspicuo el del poeta y dramaturgo Máximo Avilés Blonda, que pasó a dirigir la antigua Dirección General de Cultura.

Don Héctor se levantaba muy temprano y desayunaba ligero, bajo los mimos de doña Candita, para luego encaminarse a su trabajo en Palacio –siempre con un cigarrillo en los labios–, donde le esperaban problemas de diversa índole que debía encarar con su mejor verbo. Conversábamos de vez en cuando, de cosas superficiales, antes de que él partiera a sus labores, pero ya no existía la serenidad ni el tiempo para disfrutar de la plática distendida y amistosa. Su vida se convirtió en un *movimiento perpetuo* sin regreso. En esa posición duró apenas un año, hasta que un infarto cardíaco lo fulminó. En resumen, la mayor lección de don Héctor se refiere a los peligros del poder político, que un escritor, todo escritor, debe intentar eludir:

[De la entrevista concedida a Enegildo Peña,  
y publicada por él en el libro *Entrevistar es pensar*.  
Santo Domingo, Editora Nacional,  
Ministerio de Cultura, 2010].

## José Enrique García

### Imagen de don Héctor

Sereno, bondadoso, abierto, sin prejuicios, solidario en extremo, afable, conecedor de la naturaleza humana, resignado con la vida, distante de la envidia, sabio, con esa sonrisa que únicamente no vi en su rostro aquel día que me llamó para dar un paseo por el campo de la universidad: había dejado de ser vicerrector y, contrario a la creencia de algunos, vivía día a día. Siempre con el impecable saco, la chalina. Dramaturgo, crítico justo y de aciertos y poeta, de los verdaderos. Era un verdadero Don, y me refiero al sentido primario y legendario del término, poseedor de atributos personales que singularizan.

Mi relación con don Héctor Incháustegui Cabral se inició en 1969, año en que ingresé a la Universidad Católica Madre y Maestra, en el obtuve mi primer premio de poesía: era el jurado mayor. Esa relación continúa hasta ahora que escribo estas líneas. Lo veía a diario, si no pasaba por su despacho, me llamaba a casa. Me llevó a su ámbito. Y esa relación con un enclenque estudiante, luego con el profesor, lo describe entero. Nunca le oí comentarios descompuestos de nadie, contrario, ponderaba lo bueno de los otros, subraya que el tiempo se encarga de fijar de un modo u otro. Cuando publiqué *Meditaciones alrededor de una sospecha*, me dijo: «llévale el libro a Manuel Rueda a Santo Domingo, que ése es el que más sabe de nosotros».

Don Héctor, desde ese despacho de Santiago, se desparramaba por el país y más lejos. No había día que no atendía a alguna solicitud de alguien: carta de presentación para una beca, carta para apoyar al proyecto de investigación, cartas de referencia para algún empleo. Prólogos y conferencias, artículos. Se demoraba en la producción literaria dominicana, la ya asentada y la que se iba produciendo. Miles de páginas escribió sobre autores dominicanos. Tenía fuerza, voz, poder y lo puso a disposición de los otros. Y nunca hizo mención de ello, tal parecía que formaba parte de su naturaleza y que era igualmente, su deber.

Tres ocurrencias reseño que contribuyen a redondear la imagen que de él quiero dejar en estas breves líneas: una vez, con un libro en la mano, me dice: «este libro me llegó hoy», lo abre, va al índice, y me agrega: «lo primero que hago cuando me llega un libro de esta clase, es ver dónde aparezco y cómo aparezco, y después veo a los otros. Es la vanidad del escritor, inevitable». La segunda, cuando publica su obra poética completa, pone el libro sobre la superficie del escritorio y con una risa plena me dice: «se para solo». En una de esas caminatas que hacíamos por el campo universitario, se detiene y, mirando hacia arriba, dice: «sólo he escrito un poema: *Poema de una sola angustia*. Lo demás es paisaje». Ahí estaba el hombre sereno y crítico de sí mismo, conecedor cabal de sus posibilidades... Sin embargo, la modestia debe cubrir muchos otros poemas, como *La muchacha del camino*, *Asno de San José* y *el Carbonero*.

Después de su muerte, me tocó hacer una antología de sus poemas. Cuando la terminé, más de doscientas páginas, se la llevé a Manuel Rueda –seguía siendo el que más sabía de todos nosotros– y me dijo: «sólo falta este poema», y me lo dijo de viva voz y memoria.

## Josefina Fondeur de Blonda

### Recuerdos de Don Héctor Inchaustegui Cabral

Corrían los finales del 1960 cuando conocí a Don Héctor Inchaustegui Cabral y desde luego a su querida esposa Candita, todo esto a raíz de mi boda con Avilés, gran amigo de Don Héctor:

Recuerdo con agrado aquellas tertulias de las tardes en la casa de la César Nicolás Penson, donde un selecto grupo de señores, entre ellos Don José Cabral, José Antonio Caro, José Batlle, Manuel Simó y otros más, que ahora no recuerdo sus nombres, hablaban sobre todo de literatura.

Aquellas inolvidables tardes eran tan enriquecedoras para mí que cuantas veces paso frente a esa casa de la César Nicolás Penson, pienso en esos buenos momentos.

Don Héctor con sus interesantes anécdotas, sus experiencias por los países donde había estado como diplomático y desde luego, la alegre presencia de Candita, que nos obsequiaba con una rica bandeja de té donde además no faltaba una deliciosa arepa preparada para la ocasión.

Conversaciones inolvidables, afectos y respeto era lo que vivíamos entre los amigos.

Luego vino la ida de ellos a Santiago, la pena de perder las tardes de enriquecedoras charlas, a pesar de que cuando venían a Santo Domingo los veíamos y de una forma u otra pasábamos un mediodía o una tarde con Don Héctor y Candita.

Frecuentemente, cuando ellos venían a la capital desde Santiago, nos reuníamos en nuestra casa con los amigos para estar con ellos y disfrutar de su compañía. Recuerdo que tratábamos de hacer algo que a él le gustara, Osobuco, conejo al vino, boliche relleno, cosas que sabíamos que él disfrutaba. Estas reuniones a veces se prolongaban hasta la tarde, donde tomamos el café o té, en este grupo estaban también otros queridos amigos como Manuel Rueda, José Alcántara y su esposa Ida Hernandez, Alberto Baeza Flores, que luego coincidía en Santo Domingo, Freddy Gatón Arce y su esposa Luz, Aída Cartagena, Virgilio y Aída, en fin tantos queridos amigos que no podemos olvidar.

Luego vino su partida, dejando un vacío en nuestros corazones. Recuerdo como hoy ese día, la pena de mi esposo Avilés, que sintió siempre un gran cariño por Don Héctor; pero un hombre como él no muere, perdura para siempre en nuestros recuerdos y en nuestros corazones.



## Juan José Ayuso

### Un siglo de Don Héctor

Terminaban los años cincuenta y un grupo de muchachos nos reuníamos por amor a la libertad y a la literatura y, no sobra decirlo, en lucha contra la tiranía. No recuerdo cuál descubrió a Don Héctor pero sé que lo compartió con los demás. Esa generosidad nos proporcionó a un maestro por el resto de nuestras vidas. Y no pudo haberlo mejor.

Caminamos por la poesía de *Versos. 1940-1950* y tropezamos con *Niña, la de Paya* y con la *patria, y en la amplia bandeja del recuerdo, dos o tres casi ciudades, un paisaje movedizo visto desde un auto veloz: empalizadas altas y bajos matorrales...*

Nos pusimos a pensar con mayor profundidad en la definición de esa patria: *...jaula de bambúes para un pájaro mudo que no tiene alas*, y de ahí en adelante nos convencimos con los hechos que no habría otra forma de hacer la poesía y la narración que nos gritaban por dentro.

Cómo no utilizar el yo y el amor en la poesía, que por definición había sido yo y amor. *Ante mí, niña payesa, no sueltes la paloma de tu sueño; soy un hosco guaraguao materialista y sé pronunciar los nombres de Marx y Bakunin...* Yo, amor, poesía e ideología, todo junto en un imposible que Don Héctor hacía posible y nos ponía ante los ojos para prestarnos un poco de luz.

Y así, hasta hoy.

(Página arrancada de unas memorias no escritas que deberán cuidar la memoria del poeta Héctor Incháustegui Cabral).

## Lupo Hernández Rueda

### Héctor

Por tu *Canción suave a los burros de mi pueblo*,  
por *La Muchacha del Camino*, y el *Canto Triste*  
*a la Patria bien Amada*,  
por tus *Preocupaciones por el Hombre*,  
y la Vida y la Muerte,  
por ese hombre tuyo, americano, nuestro,  
el que de ti procede y se liberta y anda,  
repitiéndose siempre a cada hora,  
ese animal que piense, y mira,  
pero no ve; ese oído de Dios  
que no escucha ni oye,  
y con los otros no se entiende;  
animal que se come minerales de sueño,  
que le resta las alas a las plantas;  
por tu *Marzo y Abril*, o *Secreto*,  
por *Copacabana Buscando*, *Rebelión Vegetal*,  
*Las Ínsulas Extrañas*  
y los *Poemas de una sola Angustia*;  
porque cuando te leo, no sé por qué pienso en  
Quevedo, Unamuno, Deligne;  
porque tu canto trae una visión distinta, con un  
tono distinto, con palabras distintas,  
volcando nuevos temas, profundamente nuestros,  
iniciando con ellos una nueva conciencia;  
porque nos acercaste  
la pobreza del campo, el corazón del pueblo,  
las estampas rurales, el amor,  
ese pájaro eterno que palpita en tu pecho,  
en tu voz de poeta social,  
aeda de la angustia vibrante, del aliento viril.  
Porque además, resaltas en la prosa,  
revelando las gracias de los otros,  
sus secretos, sus artes; porque además,  
son pocos los que calzan contigo,  
los que pueden ponerse ese traje de Héctor.  
Porque contigo invito a los de arriba,  
«Sí, a vosotros, yo os invito,  
si queréis bajar;



## Manuel Mora Serrano

### Héctor Incháustegui Cabral en mi recuerdo

Las ásperas tierras del sur estaban divididas en dos zonas: el Distrito Marítimo de Barahona con sus primeros dos poetas y un gran cuentista, Apolinar Perdomo, el neibero romántico que se aventuró con Francisco Henríquez Ureña a difundir el poema en prosa en 1900, el barahonero Rafael Damirón, y desde Petit Trout el recio Sócrates Nolasco, que pudieron desarrollar sus facultades culturales fuera de su región. Y la provincia de Azua de Compostela que ocupaba el resto del vasto sureste del país, con Miguel Ángel Garrido y Bartolomé Oleario Pérez, que tuvieron el influjo de Román Baldorioty de Castro y de Emilio Prud'Homme, fundadores de la Escuela Normal y la de los hermanos Víctor y Emigdio Garrido Puello; allí, aunque surgieron estos y otros prosistas valiosos y algunos poetas como el juglar Héctor J. Díaz, no tenían una voz lírica que definiera entre el cactus y la fanfarria de los ríos, entre las montañas peladas y las feraces llanuras, la asperidad del paisaje y la reciedumbre de sus hombres.

En aquel Baní donde los intelectuales capitaleños iban a veranear porque era el confín de la provincia Santo Domingo, los nombres de escritores criollos de renombre resonaban porque allí escribieron o leyeron sus versos: José Joaquín Pérez, Federico Henríquez y Carvajal, Salomé Ureña de Henríquez, y los descendientes de isleños canarios o de vascos como Héctor Incháustegui, disfrutando no solo del cucuruchil paisaje del valle del Güera, sino de tradiciones y costumbres que quedaron reflejadas en *Baní o Engracia y Antoñita* del hasta entonces primer novelista sureño Francisco Gregorio Billini. Sin duda alguna, faltaba que naciera el poeta que leyera en las hojas de las bayahondas y los cambronales el drama real, porque ya San Cristóbal, de cuyas entrañas había surgido el gobernante omnímodo, tenía los suyos capitaneados por Osvaldo Bazil, Zacarías Espinal y el joven Sócrates Barinas.

En la gran resaca cultural dejada por las ideologías reinantes al final de la Primera Guerra Mundial, frente a la realidad áspera del paisaje bravío en medio de un valle sediento (aunque había sido de los primeros en recibir el impulso de las reglas), la poesía dominicana se estaba cargando de levaduras tanto nacionalistas que le venían del postumismo, como de reivindicaciones sociales frente a la pobreza y la miseria circundantes, y los jóvenes espíritus se aprestaban a denunciar en versos los desmanes de la truculenta Era.

Sin duda alguna, si en el norte Manuel del Cabral, Tomás Hernández Franco, Octavio Guzmán Carretero, Rubens Suro, Luis Mc. Despradel, Diógenes Paulino Isálquez, Tomás Morel, Chery Jiménez Rivera, Van Elder Espinal, José Bretón, Hilma Contreras, Aída Cartagena Portalatín y Melba Marrero de Munné, empiezan a destacar sus rebeldías; en el este desde Gastón F. Deligne, Federico Bermúdez, el vibrante Francisco Domínguez Charro, Andrés Francis-

co Requena, el inconforme Pedro Mir, el joven José Rijo, el torrentoso Ramón Marrero Aristy y el recio Freddy Prestol Castillo, están mezclando la tierra y la protesta; si el rebelde Juan Bosch ejerce en Santo Domingo el magisterio a través de sus libros y los periódicos presentando nuevos valores, Baní no canta todavía. Nadie relata sus angustias.

Surgió fulgurante este muchacho Héctor Incháustegui Cabral enamorado de *Candita* (su primer libro inédito comentado por Pedro René Contín Aybar) y luego del paisaje donde la *Canción suave a los burros de mi pueblo* se convierte no solo en un himno a lo local desde otra dimensión de humildad, sino en una manera nueva y diferente de contar y cantar lo circundante.

El autor de *Poemas de una sola angustia* entró con voz propia, con derecho real en la literatura nacional. A los de mi generación nos asombraba que Canto triste a la patria bien amada y los que le seguían (que son más denunciantes), se pudieran leer libremente en el país sin que el autor o el declamador fuese encarcelado, como él recordaría en *El pozo muerto*, que se recitara en público y las gentes aplaudieran.

No creo que haya denuncia más cruda de la realidad social dominicana que la retratada por él en ese y otros poemas que le siguen. Los declamadores de moda nos decían la Canción suave a los burros de mi pueblo, pero nosotros los jóvenes de entonces preferíamos los recios que debieron ser prohibidos, porque sentíamos la aspereza y la reciedumbre de las sabanas llenas de cactus del sur y porque había y hay un fuerte sabor a cáscara amarga y retama en sus versos.

Las nuevas generaciones por pruritos no sé de qué orden, han soslayado una obra fundamental como la suya y se han perdido el sabor de una poesía completamente diferente, que toca todos los registros emocionales. Esperamos que los que vengan después puedan saborear en las regolas a veces transparentes de sus versos las amargas realidades de la época que le tocó vivir. Es una pena que un país se esté perdiendo a tal maestro.

Su paso como escritor residente en la Universidad Católica de Santiago sigue siendo la impronta cultural más señera en nuestra historia en lo que se puede hacer desde los recintos del saber. Entre sus grandes logros está el Primer Congreso de Literatura Dominicana de 1969, que es la piedra angular de los modernos estudios que se han hecho de nuestras letras. Los santiagueros y los cibaños en general no hemos pasado balance entre el antes y después de ese acontecimiento intelectual y de lo que significaba su sola presencia amable y conciliadora, su vasta cultura al servicio de todos, y el impulso que dio a las publicaciones ofreciendo un ejemplo de cómo la Universidad puede transformar una cultura rodeándose de jóvenes como Frank Moya Pons, y otros muchachos locales que fueron a hacer especialidades humanísticas y regresaron a su Alma Máter y hoy tienen nombradías; los rescates que hizo de valores como Juan José Ayuso, Yaqui Núñez del Risco, Carlos Dobal, Danilo de los Santos, Bruno Rosario Candelier, Carlos Fernández Rocha, Federico Henríquez y Gratereaux

y demás, y el faro de luz que significaron las ediciones de libros, las revistas, especialmente la *Eme-Eme*, y un gran etcétera. Estas cosas nunca han sido suficientemente ponderadas. Es lástima grande que las demás universidades del país no hubieran convertido en tradición lo de tener en el campus residiendo a escritores o científicos donde pudiéramos ir a beber cultura o ciencia.

Tuvimos en don Héctor un amigo sincero, un lector acucioso, y para complementar y engalanar y perfumar el ambiente estaba doña Candita Salvador. Ojalá este país olvidadizo y mal agradecido de vez en cuando recuerde a los que como él, fueron, son y serán.

## Marcos A. Blonda

### Héctor Incháustegui en la bandeja de mi recuerdo

No recuerdo el día que conocí a Héctor Incháustegui Cabral ya que cuando yo nací ya él estaba ahí. Era para mi padre una presencia amable y necesaria. Eso como niño que era no podía percibirlo, lo veo ahora, no con el engaño que nos da el recuerdo sino con la perspectiva de ver las cosas hacia atrás que nos da la experiencia, así lo creo más o menos.

Recuerdo que vivía en Santiago, allí nunca fui a visitarle; sin embargo, cuando venía a la capital iba a verle con mi padre que conversaba con él animadamente. Me enseñó a llamarle tío Héctor y por ende a su esposa, tía Candita. Cuando visitaba nuestra casa narraba anécdotas de sus viajes como diplomático. México y Brasil son dos nombres que recuerdo, otros los habré perdido.

Fue el gran conocedor de la obra de mi padre, su prologuista, crítico y comentarista. Sus amigos fueron amigos de mi padre, sus contrarios mi padre los heredó de igual manera, como causahabiente a título universal, solía decir con cierta jocosidad, pero a la vez herido por la mezquindad de la especie humana, que no valoraban al ser humano grande que era ese poeta al que tanto quería.

Decía al principio que no recuerdo el día que conocí a Héctor Incháustegui Cabral, pero sí recuerdo o creo recordar, la última vez que le vi. Siendo ya Secretario de la Presidencia no era posible para mi padre verle tan a menudo como antes, las obligaciones del cargo no lo permitían. Mi padre solía irle a ver muy temprano en la mañana. Un día fuimos juntos, casi de madrugada. Nos recibió en la cocina. Allí los dos poetas conversaron. Luego de ese día no le volví a ver más.

Héctor Incháustegui Cabral falleció en 1979, pero nunca se fue de mi casa. Su memoria, su mención, sus amigos, todos se quedaron allí. Tía Candita era una asidua visitante y eso mantuvo también viva esa memoria. A mi padre nunca dejó de hacerle falta ese amigo, creo que nunca pudo superar del todo esa pérdida.

Yo, en lo personal vuelvo a él a menudo. Muchas veces me ha tocado hablar sobre el tema de la ciudad en nuestro país. Para ilustrar algunas problemáticas urbanas he echado mano de esos versos memorables y por lo que sé de la historia, en su momento atrevidos,

*Patria...*

*y en la amplia bandeja del recuerdo,*

*dos o tres casi ciudades...*

Esa imagen, esas dos o tres casi ciudades me han servido para pensar mucho sobre cosas que desde aquellos años aún no cambian, en esos versos conservo la memoria de ese poeta que me alegro de haber conocido.

Santo Domingo, Marzo de 2012.

## Margarita Luna

### Héctor Incháustegui Cabral

¿Sería el año 1955 o quizás 1956?... Un día cualquiera aparece en el temido Foro Público del diario *La Nación* una denuncia sobre el mal funcionamiento del Liceo Musical en la ciudad de Santiago, debido a la incapacidad y arrogancia de su directora. Para realizar una investigación fue a la provincia un alto funcionario de la capital. Un señor desconocido, muy amable, interrogó, revisó, visitó las tres escuelas que componían Bellas Artes en Santiago: pintura, música y teatro. De ese primer encuentro a nivel profesional con el gran poeta Héctor Incháustegui Cabral, surgió una profunda amistad que sólo se apagó cuando él dejó este mundo.

Hombre sosegado, pacífico, su conversación era una cátedra sin intención de serlo. Su biblioteca era inmensa y siempre abierta a todos. Esto me lleva a recordar las tantas veces que juntos, Iván García y yo íbamos a su casa en Santiago, cuando él trabajaba en la Universidad Católica Madre y Maestra y vivía en el recinto. Iván también trabajaba en la universidad, pero vivía en el pueblo, por lo cual, juntos subíamos frecuentemente y disfrutábamos de un par de horas inolvidables.

Tiempo después, viviendo ya en Santo Domingo, un día, en 1978, suena el teléfono y es mi hija Carmen quien lo contesta. Ella me dice: «Es para ti, mamá, alguien te llama desde la Oficina de la Presidencia de la República». «¿Qué?», le digo, y temblando del susto, oigo una voz conocida. Era Héctor para decirme: «Hay en Santiago un edificio nuevo, terminado pero sin uso. Necesito que vayas a verlo, pues quiero hacer allá algo que no pude mientras estuve en la universidad. Repórtame lo que se te ocurra». Y así nació el Centro de la Cultura, al cual apoyó y protegió, pero que no tuvo tiempo de ver funcionando, porque antes lo atrapó la muerte.

No quise verlo enfermo. Estuve cada día junto a Candita en la clínica, y en algún momento ella me dijo: «Héctor te ha querido como a una hija». Y para mí, él fue alguien muy especial, un consejero y amigo entrañable, de quien conservo hermosos recuerdos.

Pointe Claire, Quebec, Canadá,

14 de febrero de 2012.



## María Isabel Incháustegui

### Tío Héctor visto desde mi caleidoscopio

Estamos aquí reunidos, cien años después, para celebrar el nacimiento y la vida de Héctor Incháustegui Cabral. Quien les habla no reúne ninguna condición especial que le haga merecer la distinción de dirigirme a ustedes en un acto solemne a su memoria. Una vez más, mi primo Aristides, me cede su rol, y llevado por su inmenso cariño, me propone ante la Fundación Corripio. Hablaré pues, desde mi condición de sobrina y ahijada de quien fuera en vida uno de los más prominentes intelectuales del siglo pasado de nuestro país y, quien se desempeñara, como maestro, periodista, diplomático y escritor dominicano.

La imposibilidad de reflejar la vida de un hombre mediante palabras resulta incuestionable. Justo Serna, catedrático español, afirma en su blog, que incluso, en las autobiografías, *pueden documentarse muchos hechos de la propia vida, pero de lo que se pensó y no se verbalizó quizá no haya vestigio*. Por su parte, Coetzee, sudafricano, Premio Nobel de literatura 2003, en su obra *Juventud* escribió: *Nadie está hecho de palabras. Nadie, aunque hable, cante, escriba, consiste en palabras. Con todo, no disponemos para exteriorizarnos de un medio más efectivo que el lenguaje. Si fuéramos solo nuestra cara, bastaría un retrato para darnos a conocer. Pero somos islas. Islas separadas entre sí por una extensión mayor o menor de soledad*.

Héctor Incháustegui fue el segundo hijo de Joaquín Sergio Incháustegui Andújar, a su vez, maestro, periodista y escritor, y Marina Elena Cabral Billini, ambos naturales de Baní. Fue proverbial el afecto que se prodigaron entre sí, él y sus hermanos: Joaquín Marino, Sixto Salvador y Yolanda. Su padre y su tía abuela Ramona Isabel Billini Cruz, dejaron su impronta en él desde su infancia. De ella dijo: *Me defendió de la vida, de sus tristezas, y me inculcó el amor hacia la poesía, hacia la belleza, hacia las flores, hacia la bondad. Me enseñó a ser generoso, a dar y a recibir sin avergonzarme, a agradecer, estimular*.

Durante su juventud, la vida de Héctor Incháustegui Cabral y la de Rafael Herrera Cabral, su primo, transcurrieron paralelas. Nacieron y vivieron entre libros. Al referirse a Don Rafael, Miguel Franjul dice: *Cuenta don Héctor, en El Pozo Muerto, cómo ambos se las ingeniaban en negocios infantiles y juveniles para comprar volúmenes recién llegados a Baní; o para asaltar la Biblioteca de don Fabio, la más grande y variada del pueblo; o husmear en los viejos armarios que habían traído desde Inglaterra y Filadelfia los Billini, distinguidos parientes de aquellos dos inquietos jóvenes que ya entonces leían a Rousseau, Pestalozzi, los clásicos de la poesía...* Esta afinidad y admiración mutua perduró toda la vida. Recuerdo que al recibir uno de sus premios, tío Héctor me dijo: *La mayor distinción que me hacen al otorgarme este reconocimiento, viene dada por su acompañante*. Fue galardonado con el Caonabo de Oro también esa noche Don Rafael Herrera.

Al Héctor joven lo conocí a través de mi abuela Mamaína, quien vivió con nosotros durante mi infancia y juventud. Mientras tejía paños de mesa y cubrecamas con hermosas flores en sobrerrelieve, nos hablaba de su vida en Baní, en la que a mi modo de entender, se entremezclaban, a veces sin distinción unos de otros, los Incháustegui, los Cabral, los Herrera y los Billini.

La percepción que tuve de tío Héctor adulto la construí yo misma como testigo silente de sus rutinas diarias y sus interacciones afables y cariñosas conmigo. Como vecina, tuve el privilegio de observarlo diariamente durante años. Se levantaba temprano, bebía café, leía los periódicos del día y, en bata, se disponía a escribir. A mis ojos, tenía una impresionante biblioteca en la segunda planta de su casa y solía escribir a máquina con mucha rapidez. Mientras trabajaba, Candita merodeaba por todas partes. Fue motivo de inspiración de su primera obra, aún inédita; el sentido práctico y alegre de su vida y, al decir de José Enrique García: *su compañera aun después del morir*, ya que podría encontrársele años después de su muerte, inmersa en sus recuerdos, contemplando lo que llamaba *su tesoro*: la invaluable colección fotográfica que conservaba de otros tiempos. Aunque dirigió sus *Cartas a Sergio*, tío Héctor testimonió su amor hacia sus hijos, Joaquín y Marino, con su vida misma.

En muchas ocasiones, al caer la tarde, se reunía en la terraza para llevar a cabo tertulias literarias en las que participaban: Manuel Rueda, Aída Cartagena Portalatín, Máximo Avilés Blonda y muchos más, que se rotaban en la lectura de sus escritos con el posterior comentario del grupo. Mi hermana Lucita y yo podíamos escucharles sin esfuerzo desde nuestra habitación. A esta época de mis recuerdos, debo agregar, cómo crecí viendo a Héctor, a Joaquín Marino y a mi papá, cruzar de una casa a otra, casas comunicantes que construyeron para estrechar aún más su hermandad.

No obstante, ser sobrina de Héctor Incháustegui no siempre fue fácil para mí. En el 1966, la actividad literaria idílica como yo la percibía, me había cautivado. Ingresé a la Universidad Autónoma de Santo Domingo a estudiar Letras decidida a seguir sus pasos. Tomando en cuenta cuáles eran los tiempos, había crecido con poco o ningún contacto con el exterior, venía de un colegio de monjas canadienses y, de repente, a pocos años de la desaparición de Trujillo estaba compartiendo con jóvenes que recién estrenaban su libertad de expresión y, a quienes mi familia, y en particular, *la alegada poesía social de poeta Incháustegui, según ellos, les parecía falsa, poco auténtica.*

En este contexto, al terminar dos licenciaturas, porque no había estudios de postgrado en aquel entonces, mi mejor amiga, una joven humilde del barrio Simón Bolívar, otra de las grandes oportunidades que me proporcionó la UASD, me preguntó si iba a escribir el trabajo monográfico sobre mi tío. *Por supuesto que no*, le respondí. *¿Quieres que me acribillen?* Pero ella entonces, con su gran sentido práctico, me dijo: *Pues yo no tengo dinero para comprar libros y tú tienes todos los libros de tu tío. Yo la escribiré.* Dicho y hecho. Para su sorpresa, no para

la mía, el examen giró sobre cuestionamientos a la posibilidad de que un colaborador de Trujillo escribiera o no poesía social.

A los pocos días, ella encontró a tío Héctor en mi casa. Le dijo con verdadero orgullo que había leído sus obras y realizado un modesto trabajo sobre él y le narró lo ocurrido durante su examen de tesis. Nunca había visto a mi tío enojado antes y nunca lo vi después. Tuvo palabras de respuesta para cada uno de los miembros del jurado. En otros términos, afirmó que los que arrojan la primera piedra suelen ser aquéllos a los que se les ha prodigado afecto y a quienes se les ha demostrado con acciones, amistad. Al ver la firmeza y autenticidad con que respondió a sus acusaciones, el caleidoscopio que construía sobre quién era, en realidad, este personaje, cercano y lejano a la vez, tomó nuevas formas ante mí, girando un tanto a su favor.

Antes de este evento, y después, tío Héctor ocupó posiciones distintas, unas controversiales, otras que le proporcionaron gran prestigio. En el 1960, los hermanos Incháustegui aparecieron en el foro público y fueron destituidos de sus puestos debido a una incursión política antitrujillista de Sergio en el extranjero. Desempleados los tres, irónicamente, se llamaron a sí mismos, por la proximidad de sus casas: *el valle de los caídos*. Entonces, mi padre creó, antes que García Márquez, la peste del olvido y escribió papelitos que pegó en las paredes para que tomáramos medidas extremas que condujeran al ahorro, puesto que, a partir de ahí, sobrevivimos por el apoyo económico que nos brindara el Dr. Francisco Hernández Álvarez, esposo de Yolanda.

A mi juicio, una de las etapas de la vida más placenteras y productivas de Héctor Incháustegui, en la que tuvo oportunidad de desempeñar las labores que amara más profundamente, es la que vivió en la ciudad que lo distinguió como hijo adoptivo, Santiago de los Caballeros. De este modo, aunque siempre se sintió orgulloso de su estirpe banileja, *banilejo por los cuatro costados*, fue acogido con tanto cariño por Santiago que hizo de este lugar, su segunda casa, su santuario. La Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, tan dignamente representada por su rector Monseñor Agripino Núñez Collado le ofreció, casi al final de su vida, sin saberlo, la oportunidad de unos hermosos años de tranquilidad, cuando lo nombraron profesor residente, asesor, y director de las publicaciones de dicha universidad.

Su participación durante el primer año del entonces presidente de la República, Don Antonio Guzmán, extraordinario civilista, fue un ejemplo más de la dedicación y entrega a las labores que emprendía. En su lecho de muerte, insistía en oír el discurso del presidente y en dar seguimiento a los acontecimientos diarios. Héctor Incháustegui muere, a destiempo, a pocos días del ciclón David, durante la tormenta Federico, a consecuencia de sus hábitos como fumador. Con su fallecimiento, podría creerse que el caleidoscopio que construía sobre él se había oscurecido y cerrado. Pero no.

Años después, al envejecer mi padre, Sixto Salvador Incháustegui Cabral,

recibió diferentes reconocimientos como neumólogo, alergista y maestro de la medicina. El primero en llegar a varios de esos reconocimientos fue el ex Presidente Juan Bosch. Hablaba con nosotros, los más jóvenes, y nos decía cómo su amistad con la familia Incháustegui venía de muchos años atrás, pero encarecidamente insistió en hacernos saber cuán en deuda se sentía con nuestro tío Héctor, a quien según él aseguraba, le debía la vida, gracias a las advertencias que le hizo en Cuba. Entonces, comprendí que la estatura de un gigante, como él, puede también medirse por su humildad, y que se necesitaba grandeza de espíritu, como la que caracterizó al Profesor Bosch, para hacer este reconocimiento no solicitado a mi tío ya desaparecido.

Antes de venir aquí he leído mucho de lo que se ha escrito y se sigue escribiendo sobre Héctor. Pero más que nada, he releído a Héctor, cruzando informaciones familiares con sus escritos. He leído al Héctor que conocí personalmente, lo he leído como aprendí, cuestionando o no la veracidad de lo escrito, hurgando en el corazón del hombre que admiré, del cual luego disentí, pero finalmente, valoré en su gran dimensión.

¿Quiéren saber quién fue Héctor Incháustegui Cabral? No me pregunten a mí, no lean literalmente sus escritos, presten atención a quienes, aun debatiendo sus ideas, como lo hizo Juan Bosch, le reconocieron honestidad y valía. Pregúntense: ¿Qué cualidades adornaron la personalidad de este hombre, quien todavía después de sus años como diplomático de Trujillo conservó el respeto y la distinción de sujetos de incuestionable calidad social y democrática? ¿Qué virtudes le reconocieron ellos y ellas?

Es por esto, que si tuviera que elegir una imagen que haga un fiel homenaje al Héctor Incháustegui que conocí, me quedo con el poeta social, cuya autenticidad provenía del conocimiento mismo de la pobreza y la condición humanas; me quedo con el recuerdo gráfico de la fotografía publicada por el Listín Diario, en la que Héctor descendía la escalinata del Palacio Nacional, durante el gobierno del presidente Juan Bosch, junto a él, a Don Pedro Mir, nuestro poeta nacional, y a Don Nicolás Guillén. Recordarlo ahí, junto a tres colosos de la cultura caribeña, que lo distinguieron con su amistad, es el mejor reconocimiento que hago ahora a su memoria.

## Marianne de Tolentino

### Con mucha admiración y respeto...

Don Héctor Inchaústegui Cabral es de las personas que pueblan perennemente el recuerdo. Hubiéramos querido conocerlo más, tener el privilegio de escuchar más el timbre especial de su voz, pues sentíamos por él una intensa admiración en aquellos tiempos de recién llegada a la crítica de arte, entonces compartida con la de teatro y literatura. Uno de los poemas dominicanos que nos commovió hasta las lágrimas fue el «Canto triste a la patria bien amada», y su imagen del «paisaje movedizo», permanente en su desolación y miseria, correspondió exactamente a nuestras impresiones al viajar por primera vez por la carretera, descubriendo harapos adultos y desnudez infantil. Leímos a Don Héctor –«Don» para siempre– con pasión y nos preguntábamos... si el tirano había conocido aquellos versos profundamente críticos... y otros de él dramáticamente comprometidos. Fue uno de los temas que abordamos, cuando –¡oh honor!– el gran humanista nos recibió en su casa de escritor residente, un hogar que respiraba la burguesía modesta e intelectual, y el toque de la amada esposa, Doña Candita, hermosa e imponente. Él nos respondió fugazmente que no siempre fue fácil, pero no insistimos, ya que pronto surgieron otros temas, y que intervino el lingüista escrupuloso cuyos consejos todavía resuenan en la memoria. Se habló de los estilos, de la necesidad de leer a los pensadores, y también del periodismo incluyendo a sus peligros. Don Héctor fustigaba, a la vez firme y suavemente, el uso equivocado de ciertas palabras. Así, no admitía que se hablase de «evento» –que para él concordaba con la primera acepción del Diccionario de la Real Academia, como acontecimiento, casual e imprevisto–, mientras se solía emplear y repetir hasta en un mismo texto en el sentido contrario de actividad, acto, manifestación, preparados y programados... La observación nos ha perseguido al día de hoy. Preocupación ineludible fue aquella de la poesía y de cómo maltrataban su esencia de lenguaje y sus atributos intrínsecos, al referirse a una pintura o una escultura y calificarla «poesía visual»... un mero ejemplo. También esa observación nos impresionó mucho, sobre todo que no se había popularizado aún la expresión «artes visuales», sino que se usaba la locución «artes plásticas», previamente al auge de la fotografía como arte. Más allá de simples aclaraciones, se percibían objeciones y advertencias de un maestro exigente e ilustrado, para que el idioma preservase la riqueza y la propiedad del léxico. ¡Cuánto sufriría Don Héctor ahora, ante la incontrolable libertad tomada en los textos! En fin, la aleccionadora conversación, amenizada por las exquisitas atenciones de Doña Candita, y la única que sostuvimos en su casa, nunca se borró, y cada vez que escribimos la palabra «evento», recordamos a Héctor Inchaústegui Cabral... y le pedimos disculpas.

## Marino Incháustegui Piñeiro

### Papá Héctor

Papá Héctor, como solía decirle, murió apenas yo con dos años de vida. Cuando le recuerdo me surge solo una memoria, llegando en un carro con mis padres a su casa de la Avenida 27 de Febrero, la cual tenía un balcón en el segundo piso. Al apearme del carro, ahí estaba él, sentado en el balcón. Recuerdo que se paró de su silla y me llamó por mi nombre con una sonrisa calurosa.

Debo admitir que su memoria no estuvo muy presente durante mi niñez o adolescencia. Un cuadro con su retrato colgado en una pared de mi casa, unos libros desconocidos por mí en cuero negro adornaban el librero de mi padre, un comentario pasajero de vez en cuando que alguien hacía sobre su vida literaria...

Todo cambió al declarar mi carrera universitaria. Mi pasión por la poesía y la literatura, principalmente anglosajona e inglesa, me llevaron a estudiar letras y filosofía. Mis estudios hasta entonces habían sido principalmente en inglés, y jamás había leído su obra. Yo, estudiante dominicano en los Estados Unidos, sufría de una crisis de identidad académica: ¿Cómo debía enfocar mis estudios según mi origen? La respuesta fue simple: mi tesis sería conocer la obra poética de Héctor Incháustegui Cabral y traducir un compendio de sus poemas. Con tan solo una memoria lejana desde un balcón en mi niñez, accedí a la herencia literaria de mi abuelo. Desempolvé los libros del librero, y manos a la obra.

Qué rica e inmensa vida literaria me dejó para conocerle a él y su sentir del mundo. Pero más importante aún, en lo que yo definía mi identidad como ser humano y como dominicano, percibí cómo luchó para mantener una independencia estilística arraigada en un sentir puramente dominicano; puramente él. Recuerdo su descripción propia de su estilo en *El pozo muerto*: «Y yo, bani-lejo por los cuatro costados, pulsaba mi lira ronca y monocorde». Para mí, más que una memoria pasada de un abuelo que apenas conocí, Papá Héctor fue un maestro de la letra y la literatura, un filósofo que buscaba entender el mundo de su provincia banileja dominicana, identificando irracionalidades sociales para buscarles una salida espiritual. Este estudio fue el punto de partida más importante de mi carrera, y por más lejos que esté en esa vida literaria, lo guardo dentro de mí, como punta de lanza para mi identidad y mi sentir.

## **Marino Incháustegui Salvador**

### **Recuerdo personal de Papá**

Me resulta algo extraño hablar sobre mi padre a los cien años de su llegada y treinta y tres de su partida. Me parece arbitrario utilizar esa métrica en algo que tuvo y tiene una enorme influencia no solo en mi formación sino en mi diario vivir. Alguien que no ha dejado de acompañarme un solo momento y alguien a quien, me gustaría pensar, emulo en su humildad, paciencia y sabiduría.

Durante estos largos años de orfandad pienso constantemente en su ejemplo y enseñanzas. De él aprendí que el cotidiano vivir es tan solo tratar de hacer lo mejor en el mundo que nos ha tocado vivir. Que a nuestra partida dejemos un mejor mundo que el que encontramos.

## Rafael Emilio Yunén

### Recordando a don Héctor

La presencia de don Héctor en la Universidad Católica Madre y Maestra a fines de los sesenta fue una de las mayores bendiciones que recibimos durante los años estudiantiles y posteriormente en los inicios de nuestra carrera como profesor. Su perfil risueño, bonachón y amable atraía a todos los miembros de aquella incipiente comunidad universitaria incluyendo a empleados de diversos niveles.

Su casa quedaba en uno de los extremos de ese enorme, frondoso y exuberante Campus que rápidamente se comenzaba a intervenir. En dos habitaciones contiguas albergaba una colección de libros que podía rivalizar con la misma biblioteca universitaria entonces ubicada en un solo piso del Centro de Estudiantes.

No tuve la suerte de haber participado en alguna de sus famosas cátedras, pero formé parte de una comisión de estudiantes (en la época de crisis que sobrevino un tanto después del famoso Mayo 68) y por eso me tocó en algunas ocasiones ser recibido en su despacho. Así comenzó nuestra amistad, con encuentros y desencuentros que terminaron en una relación respetuosa y perdurable.

No se me olvidan aquellas conversaciones, un poco más íntimas, que surgían espontáneamente en medio de una exposición de arte o a la salida de algún acto académico. Su hablar pausado y reflexivo era salpicado por alguna ocurrencia sobre las costumbres y hábitos de la gente, seguido por un paréntesis de preguntas acerca de distintos aspectos de la sociedad dominicana de ayer y de hoy.

Uno de los aspectos que más extrañé cuando terminé mi carrera y me alejé de la universidad fueron aquellas tertulias con don Héctor. Tanto Ana Margarita como yo conseguimos el apoyo de nuestros padres para poder matricularnos en la University of Florida (Gainesville) y allí realizamos nuestros posgrados: ella, en lingüística aplicada, y yo, en geografía y planificación regional.

Cuando regresamos a Santiago, comencé a trabajar como profesor de historia y geografía. Se acercaba el decisivo año electoral de 1978 y don Héctor empezaba a disminuir su dedicación a la vida académica para concentrarse en otros asuntos. Nos encontramos casi al azar en una actividad festiva que ofrecían unos amigos comunes y compartimos brevemente con él y su esposa Doña Candita, siempre alegre y vivaz, la mujer ideal para complementarlo en todas sus facetas.

Esa noche no pudimos hablar mucho, pero fue allí donde se enteró que yo iba a ofrecer un nuevo curso universitario de geografía. Al día siguiente, recibí una llamada de la secretaria de la Vicerrectoría invitándome a pasar esa misma tarde por su despacho y solicitándome que llevara el borrador del nuevo programa de clases que yo iba a impartir en el próximo semestre.

Don Héctor leyó página por página en silencio frente a mí y sin levantar los ojos del documento. Con un lápiz rojo iba haciendo señalamientos al margen y correcciones en algunas palabras. Yo quería ver lo que él escribía, pero no



me atrevía a interrumpir su trabajo. Fueron unos largos minutos angustiantes hasta que él me dijo: «Me gusta el contenido, pero hay que cuidar la forma. Has regresado pensando en inglés. Tienes que volver a adquirir facilidad de comunicación escrita en tu propia lengua, con precisión y claridad. Llévate este borrador y pasemos a hablar de otra cosa...»

Esa fue mi última conversación extendida con Don Héctor, casi como una despedida que se confirmó unos meses después cuando salió hacia Santo Domingo... y allí se nos fue para siempre dejándonos un recuerdo tan profundo que ha permitido que él siga acompañándonos. (Santiago de los Caballeros, 30 de marzo de 2012).

## Sonia Guzmán

### Don Héctor Incháustegui Cabral

Conocí a don Héctor en la entonces Universidad Católica Madre y Maestra. Yo estaba en la biblioteca, él en la vicerrectoría de Desarrollo. Aquel hombre tranquilo, paciente, sabio, que escuchaba más de lo que hablaba pero que cuando lo hacía brotaban de sus labios palabras enriquecidas con su vasta experiencia de la vida a las que todos y todas prestábamos atención, disfrutando de su sabiduría, sin poses intelectuales ni aires de grandeza, con una sencillez que pasmaba.

Luego, estando yo en la vicerrectoría académica, nuestras oficinas estaban una al lado de la otra y todos los días, antes de las 8 a. m., tomaba un cafecito con él y nos fumábamos sendos cigarrillos; pero lo más importante era lo que compartíamos. Le preguntaba y consultaba cosas, principalmente de redacción y de situaciones en la universidad y siempre con sus sutiles correcciones, como si él también aprendiera en vez de enseñar..., con una sonrisa dulce a flor de labios.

Por felices circunstancias de la vida, ambos coincidimos en Santo Domingo y mi papá como presidente electo de la República, lo escoge para ser su secretario particular. Fue el primer nombramiento que se realizó y en el gobierno que se iniciaba en 1978, designación que cayó tan bien en la población que tranquilizó a muchos sectores al ver esa inequívoca señal del rumbo que tomaría el nuevo gobierno.

Ese día me dijo: «Mi hijita, desde hoy mi misión es ‘aprenderme’ a tu papá pues es la única forma que podré hacer mi trabajo».

Don Héctor, a partir de entonces, con su inseparable compañera, doña Candita, se reafirmaron como dos miembros más de nuestra familia, así como también sus hijos.

Recuerdo cómo mi marido, José María, y algunos colaboradores de mi padre, nos reíamos cuando don Héctor entraba al despacho del presidente con grandes cantidades de papeles bajo el brazo para discutir y firmar, y al salir después de un tiempo considerable juntos, nos decía: «No trabajamos, conversamos».

El 16 de agosto de 1979, cuando mi papá lo esperaba para que le diera el último vistazo a su frac, como era la costumbre, para dirigirse al Palacio Nacional y rendir cuentas al país, don Héctor sufrió un infarto que lo llevó a cuidados intensivos de una conocida clínica capitalina. De ahí no pudo salir más, falleció unos diez días después.

Era una persona leal a las causas con las que se comprometía, y con un amor por su patria y su gente, al extremo que mientras estaba en cuidados intensivos, antes de morir, sufrimos los embates del ciclón David y la tormenta Federico. Nunca se le comunicó la tragedia que sufría el país, pues hubiera sido fatal en su estado de salud.

Recuerdo su humildad cuando escribía, siempre rodeado de diccionarios. La primera vez que con incredulidad lo observé me dijo: «Nunca olvides estas valiosísimas herramientas que tanto ayudan, especialmente el de sinónimos y antónimos».

A través de estas anécdotas que he compartido en estas breves líneas, recuerdo a ese gran poeta y escritor, pero sobre todo al incomparable ser humano: Don Héctor.

## Victoria Incháustegui Santoni

### Héctor Incháustegui Cabral, parte de la cultura, literatura dominicana. Legado de nuestro país.

Angustia: siempre me pregunté por qué los poemas de papá Héctor giraban alrededor de este sentimiento tan controversial que todos hemos experimentado en situaciones extraordinarias. Recuerdo a mi abuelo en la casa de Santiago, a la que iba junto a mis hermanas por temporadas de vacaciones. Un hombre organizado, metódico, siempre pensativo, de mucha lectura, y de reuniones que a mi edad estimaba como aburridas, pero importantes. Siempre recibía a alguien en su casa: literatos, artistas o estudiantes, entre los que recuerdo a Frank Moya Pons y José Alcántara.

Cuando el abuelo escribía teníamos que hacer silencio y Nina, la abuela, sabiamente nos preparaba libritos de papel, y en la inmensa biblioteca, nos sentábamos las tres en la mesa a escribir e ilustrar cuentos. Teníamos acceso a los cuentos que mi papá y mis tíos habían leído cuando eran niños, los cuales Nina tenía muy bien preservados. Recuerdo siempre observar a mi abuela en la cocina, afanada preparando la avena que desayunaba papá Héctor todos los días, por lo que un día le pregunte: papá Héctor, ¿no te cansas de comer lo mismo todos los días?, a lo que me respondió que no y al escuchar su respuesta de nuevo le pregunte: ¿y de estar casado con Nina tanto tiempo, tampoco te has cansado? Su respuesta fue una risa explosiva que todavía hoy recuerdo. Esa anécdota pasó a ser siempre mencionada por él y entre sus preferidas.

En la capital, cuando se hospedaba en nuestra casa, también recibía visitas como Donald Reid Cabral, al cual nos invitaba a declamarle “se murió Lola...”, que hacía alusión a su nombre en una parte de la retahíla.

Recuerdo que cuando fueron los juegos olímpicos en Méjico nos trajo el disco con el himno de los juegos, el cual nos aprendimos y él disfrutaba cuando se lo cantábamos.

Siendo una niña me llamaba ratón de rabo corto. Cuando fui adolescente ya podía apreciar mucho más quién era mi abuelo y su dedicación a la literatura, a la educación dominicana y a la patria.

Recuerdo su mudanza hacia la capital, la que estimé admirable pues a esa edad entendí que prestaría un servicio a la Republica Dominicana en un momento histórico que necesitaba de todos los dominicanos que quisieran salvaguardar el país de un gobierno de tendencias dictatoriales como el que se vivía en esa época. Ya contaba con 15 años y aunque con una vida muy cómoda me inquietaban los infortunios de los más necesitados. En 1978, con la presentación de Sonia Silvestre, *Sonia Canta a los Poetas de la Patria*, me concentré en la canción con letras de mi abuelo: «Canto triste a la patria bien amada», la cual

muestra a un hombre que miraba su entorno con profunda sensibilidad, que aunque aprisa desde la ventana de un auto, con detenimiento observaba, analizaba y sufría.

Cuando alcancé madurez y quise hablar con mi abuelo ya no estaba. Yo sigo elevando mi voz por él.

Patria

Palabra que sigue siendo hueca, banderas que siguen ondeando para solo exhibir sus colores.

Patria

Sigue triste, abatida por la corrupción de hombres que no le temen a sus acciones, a atropellar a sus iguales, ni a Dios.

Patria

Que continúa atormentada por hombres y mujeres que se acercan a ella no para protegerla, ayudarla a crecer sino para socavarla.

Patria

Que va perdiendo su esencia, su sabor sustituyéndola por otros de otras culturas.

Patria

Necesitada de tierra fértil, semilla fecunda y consistente cuidado.

Hoy, al reflexionar en la palabra angustia, solo abro los ojos y entiendo su congoja y aflicción. Su valiosa obra queda a nuestra disposición y su ejemplo vivo entre nosotros.

## Apéndice

### Héctor Incháustegui Cabral\*

1. *Lugar y fecha de nacimiento.*

Baní el 25 de julio de 1912.

2. *Padres, nombres y origen. (Nombres hermanos, hermanas).*

Joaquín S. Incháustegui Andújar y Marina Cabral Billini. Hermanos: Joaquín Marino, fallecido; Sixto y Yolanda, ahora Yolanda de Hernández. Todos nacidos en Baní. Mi padre era hijo de un español y de una banileja. Mi madre de banilejos por los cuatro costados.

3. *Situación económica de los padres. Medios de vida.*

Era gente muy pobre. Mi padre fue principalmente maestro de escuela, llegó a ser Inspector de Instrucción Pública. Como periodista publicó en Baní durante muchos años el semanario *Ecos del valle* que luego pasó a manos de Francisco X. Billini, casado con mi tía Melitina Cabral Billini, y más tarde adquirido por Fabio F. Herrera, quien estuvo casado con mis tías Ana María y Águeda Cabral Billini, la primera fallecida, madre de Fabio, César y Rafael Herrera Cabral; la segunda es madre de Francisco, Ramón, Fernando, Ana María, Guadalupe y Melchor Herrera Cabral. Antes del 1930 mi padre instaló en Baní una fábrica de chorizos de vida muy breve. Fundó y sostuvo en Barahona un diario, *El Esfuerzo*, que luego se publicó como interdiario en Santo Domingo.

Publicó tres libros. *Reseña Histórica de Baní*, *De mi huerto* y *Ofrenda Patricia*. Hay un juicio crítico de su labor de escritor por el doctor Joaquín Balaguer.

Desempeñó funciones públicas. Fue Juez de Instrucción en Azua y Barahona. Siempre fuimos un poco gitanos. Vivimos en San José de Ocoa, a mi padre como maestro nunca le pagaron el sueldo de allí. Esto fue del 1912 al 1914. Finalmente se enroló en una revolución que dio al traste con el Gobierno. Vivimos en Azua y Barahona, pero Baní siempre fue un refugio en las peores épocas. La familia reunía nuevas energías para volver a radicarse en Santo Domingo.

En mi casa, en Baní, en Barahona y en Santo Domingo, hasta la muerte de mi padre en el 1934, siempre hubo una imprenta: en Barahona

frente a la casa donde vivíamos, en Baní y en Santo Domingo en la misma casa nuestra.

4. *Esposa, hijos. Fecha y lugar de matrimonio. Fecha y lugar de nacimiento hijos. Lugar nacimiento esposa (dónde la conoció, cuándo llegó al país).*

Mi esposa, Candita Salvador, nació en San Luis, Oriente, Cuba. Vino al país cuando tenía 7 años. Su familia se estableció en Baní y allí la conocí cuando tenía 12 años. Antes de cumplir los 16 nos casamos en Baní. Yo tenía 21. Su padre primero fue comerciante, luego se dedicó a la agricultura. Tiene 95 años.

Hemos tenido tres hijos: Sergio, que nació en el 1934; Héctor Joaquín, que nació en el 1940; los dos son médicos. Y Marino, el más pequeño, que nació en el 1947. Marino tiene una Maestría en Administración y Economía de la Universidad de Columbia, de New York. Estudió en Washington, en la Universidad de Georgetown. Todos nacieron en Santo Domingo.

5. *Lugares de residencia suyos, del matrimonio. Primer trabajo desempeñado. Puestos más importantes aquí y fuera.*

He vivido en Baní, San José de Ocoa, Santo Domingo, Azua, Bahama, La Habana, Ciudad México, Caracas, Quito, San Salvador y Río de Janeiro. Bueno, y ahora en Santiago.

De niño hice trabajos menores en la Farmacia San José y en la Fábrica de Mosaicos Tavares en Santo Domingo. Ya más grande trabajé en la Santo Domingo Motors Company y en la Universidad de Santo Domingo del 1930 al 1937, como mecanógrafo de la Secretaría. Tenía a mi cargo lo que hoy se llama el Registro y era Secretario del Rector.

He sido Director de la Escuela Nocturna de Baní, Director del Departamento de Cultura de la Secretaría de Estado de Educación, Director del Boletín de la Cámara de Diputados, Director de Bellas Artes, en dos ocasiones; Subsecretario de Educación y Bellas Artes, en dos ocasiones también; Subsecretario de Estado de Relaciones Exteriores; Director de Radiotelevisión Dominicana y de Radio Caribe; Encargado de Negocios en Cuba, Embajador en México, dos veces; y Embajador en Venezuela, Ecuador, El Salvador y Brasil; Ayudante y Secretario del Presidente del Triunvirato y Presidente de la Corporación de Fomento Industrial. Como periodista he sido Editorialista y Jefe de Redacción del *Listín Diario* y de *La Nación* y Director del Diario *La Opinión*. Pertenezco al grupo que fundó y sostuvo los *Cuadernos Dominicanos de Cultura*.

En el 1966 pasé a la Universidad Católica Madre y Maestra, como Profesor de Español, Historia y Literatura Dominicanas. He sido Ayu-

dante del Rector para Asuntos Académicos y Vicerrector de Desarrollo. Actualmente soy Vicerrector de Extensión Cultural. Desde que se fundó dirijo el Departamento de Publicaciones y la revista *Eme-Eme Estudios Dominicanos*.

6. *Estudios. Fecha otorgamiento Doctorado Honoris Causa.*

Estuve en la escuela en Santo Domingo, Azua y Barahona. Terminé tarde el Bachillerato, como estudiante libre. Tenía que trabajar. Inicé estudios universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santo Domingo, cuando era Jefe de Redacción del *Listín*. Los dejé cuando era Director de *La Opinión*, para entrar en el Servicio Diplomático.

El Doctorado Honoris Causa con que me distinguió la Universidad Madre y Maestra me fue concedido el 27 de julio del 1970.

7. *Obra publicada (título, género, país de creación y publicación).*

He publicado, a la fecha:

*Poemas de una sola angustia*, 1940. (Versos).

*Rumbo a la otra vigilia*, 1942. (Versos).

*En soledad de amor herido*, 1943. (Versos).

*De vida temporal*, 1944. (Versos).

*Canciones para matar un recuerdo*, 1944. (Versos).

*Versos, 1940-1950*, 1950. (Versos).

*Muerte en El Edén*, 1951. (Casi una novela en verso).

*Casi de ayer*, 1952. (Versos).

*Las ínsulas extrañas*, 1952. (Versos).

*Rebelión vegetal*, 1956. (Versos).

*El pozo muerto*, 1960. (Algo así como unas memorias, en prosa, por supuesto).

*Miedo en un puñado de polvo*, 1964. (Teatro en verso, Tres piezas).

*Por Copacabana buscando*, 1964. (Versos).

*Diario de la guerra y Los dioses ametrallados*, 1967. (Versos).

*De literatura dominicana siglo veinte*, 1969. (Crítica literaria).

En La Habana no escribí libros ni publiqué. En México edité cuatro libros, entre el 1950 y el 1952. Y en Buenos Aires, *Miedo en un puñado*



*de polvo* y *Rebelión Vegetal*, el último lo escribí en San Salvador. *Por Copacabana buscando*, en Río de Janeiro. El resto está escrito y publicado en el país.

8. *Obra inédita (título, género, país de creación).*

Tengo tres obras inéditas: una completa, en verso, *Por el arrabal de senectud*, cuyo título quiero cambiar: se me ocurre otro: *Versos para antes de morir*. Mis consejeros literarios se espantan ante la idea de la muerte y han criticado mi interés por la vejez, por el estudio lírico del tiempo por el hombre.

Otra está incompleta: *La poesía de tema negro en Santo Domingo* que a lo mejor se podría llamar: *Negros y trigueñas en la poesía dominicana*. En Eme-Eme han aparecido unos cuantos capítulos. En la otra reúno conferencias, prólogos, discursos y trabajos menores. En general publicados o publicados en parte. Se iniciaría con el prólogo, escrito en el 1947, a la obra *Transformaciones del pensamiento político de Manuel A. Peña Batlle* y terminará sabe Dios con qué. Le calculo unas 400 páginas.

9. *Breve referencia sobre su mejor obra (para usted, lógico). Por qué.*

Para mí *Filoctetes* y *Poemas de una sola angustia* constituyen mis mejores obras.

La primera porque me da la impresión de que me realizo, la segunda porque los demás lo dicen, casi unánimemente, y porque cuando me leo, cosa que casi nunca hago, me parece que dije en esos versos lo que debía decir, en la forma más adecuada y sincera.

10. *Breve referencia de su mejor momento como hombre (padre, esposo, ciudadano).*

No es fácil precisar cuáles han sido los grandes momentos en la vida de uno: cuando nacen los hijos, cuando éstos terminan sus estudios o cuando tienen sus primeros hijos que son nuestros nietos. Al recibir un premio, como el Premio Pedro Henríquez Ureña de Poesía en 1952, o cuando recibí el Doctorado Honoris Causa, o cuando dicté mi primer lección en la Madre y Maestra. No sé. Tener hijos es como publicar libros, cuando ya el primer ejemplar está terminado y uno sale corriendo a llevárselo a la esposa. O cuando me nombraron Embajador en México, o cuando entregué mis credenciales al Presidente Alemán, o en Brasilia revisando la guardia de honor. O una noche, en el Ateneo Dominicano, cuando Margarita Contín Aybar recitó el *Canto triste a la patria bien amada*. Entre aplausos y gente que se levanta de los asientos. Sin saber dónde meterme y sin saber

dónde meter el corazón que se me salía del pecho. No sé. He tenido grandes satisfacciones y enumerarlas podrían convertirme en un modelo de hombre feliz, en el retrato de un satisfecho y yo sé que no lo soy porque siempre tengo planes entre ceja y ceja y el que tiene planes no realizados, quizás irrealizables, agoniza aunque sonría, aunque el mundo le sonría.

11. *Breve referencia de su mejor momento como profesional de la Literatura.*

Como profesional de la Literatura probablemente cuando vi mis versos traducidos al inglés, por alguien que no conocía, publicados en una bella revista y con alegría de unos cuantos dólares que me vinieron muy bien, por inesperados y por necesarios. O cuando me escogieron para escribir el Himno de la OEA. La muerte se atravesó y el Maestro Casals no pudo hacer su parte, pero me siento orgulloso de haber sido el señalado.

12. *Premios recibidos. Honores.*

Recibí el Premio Pedro Henríquez Ureña de Poesía, el premio para la letra del Himno de la Universidad Católica Madre y Maestra, juntamente con Iván García; el Doctorado Honoris Causa y mi designación como Académico de la lengua. Esto me obliga a andar con pies de plomo.

En México fui objeto de algunos homenajes y en Río de Janeiro. Yo los rehuía siempre que fuera posible porque mi compadre el Jefe era muy celoso, pero cuando no quedaba más camino corría el riesgo. En México fueron muy cariñosos conmigo.

13. *Tiempo en la UCMM. Fecha de ingreso. Puestos ocupados. Labor y obra.*

Entré en la Madre y Maestra en el 1966. Enseñé Español, Historia Dominicana, Literatura Dominicana y Literatura Hispanoamericana. Participé en un curso de Introducción a la Sociedad Dominicana.

He sido Presidente del Comité de Extensión Cultural, Ayudante del Rector para Asuntos Académicos y Vicerrector de Desarrollo. Soy ahora Vicerrector de Extensión Cultural.

¿Obra?, no sé. Quizás lo que recuerde algún estudiante de mis clases, porque el resto no es fácilmente contabilizable. Y es mucho: el trabajo sordo de todos los días de nueve años y hay que tener en cuenta que paso siete u ocho horas en el escritorio. Llego con el primero y salgo, a veces, cinco minutos antes, o dos o tres horas después. Depende.

Yo creo que mi obra está en mis libros y a estas alturas tengo la sensación de haberme quedado corto, de haber perdido mucho tiempo.

Con los tres libros inéditos llegarán a veinte los publicados, pero los que deseo escribir duplicarán la cifra. Necesitaría otra vida para hacerlo y sólo se vive una vez. Entonces uno se llevará consigo todo el programa. Un programa que en los últimos tiempos ha tropezado, más que antes, con la necesidad de producir para vivir; con la imposibilidad de dedicarme única y exclusivamente a tratar de hacer siquiera parte de lo mucho que me falta.

14. *Fecha primer libro escrito. Fecha primer libro publicado. Fecha último libro escrito. Fecha último libro publicado.*

El primer libro lo escribí cuando tenía unos dieciséis años. Lo titulé *Romances infantiles que no para niños*. Lo quemé. Luego un libro de cuentos: *Gayumbá*, a los 19, inédito. A los 20 escribí *Candita*, dedicado a la hoy mi esposa. La edición consta de un solo ejemplar a maquinilla. No quiero publicarlo. Luego reuní los versos que había venido publicando en diarios y revistas en *Poemas de una sola angustia*, en 1940. Tenía 28 años.

El último libro escrito es de 1971: *Por el arrabal de senectud*, a los 59.

El último libro publicado es *De literatura dominicana siglo veinte*. Salió en 1969 y se reeditó en el 1973.

15. *Influencias que siente en su obra.*

No es fácil precisar quién influye en uno. O quiénes. Probablemente las primeras influencias proceden del Romancero Español. Las otras son de Vigil Díaz y Moreno Jimenes. Luego, mayorcito, estudié con cuidado a Antonio Machado y a T. S. Eliot. Por esos nombres anda la cosa. Pero, repito, esta es labor de un tercero porque hay poetas que me gustan mucho y sé que no influyen en mí, o prosistas –ahora sólo me refiero a prosistas– como Unamuno que han influido en mi poesía por su prosa no por sus versos, repito. En las ideas probablemente. Es muy frecuente que, cuando le preguntan a uno eso de las influencias, se busque entre los grandes nombres, pero yo sé que poetas, en este caso poetas, sin renombre universal pueden haber dejado en mí sus huellas, huellas firmes, como es el caso de Vigil y Moreno y eso que he pasado por encima de las brasas ardientes de Lorca y Alberti, Guillén y el López Velarde de *suave Patria*.

16. *Lecturas adolescentes. Orientación literaria de los primeros años.*

De niño leí mucho. De adolescente leí más. Prácticamente de todo. Salgari, Dumas, Verne, Manzoni, Dante, Poe, Conan Doyle, Balzac, Galdós, Cervantes, Dostoievsky, Chejov, luego Proust, Joyce, los novelistas

americanos, los novelistas hispanoamericanos y los poetas, de Darío para acá, incluyendo a Martí, Baroja, Unamuno, Ortega y Gasset, D'Ors, y los novelistas de la Rusia Roja, comenzando por Pilniak y terminando con Ehrenburg. De todo, sin pausa, sin método, con sed. Los novelistas ingleses. ¡Qué lástima que carezca de memoria! Y de una vez me pregunto: ¿para qué? Dios me quitó la memoria pero me dotó de imaginación. Creo que ha sido un gran negocio.

Si tuviera alguna memoria sería un erudito. Sólo recuerdo o lo muy importante o pormenores insignificantes. Puedo describir un libro en un párrafo y en diez una escena que aparece en tres líneas en el original. Kafka fue de mis últimos descubrimientos, cuando ya era una persona más que adulta, lo mismo me ha ocurrido con Pound y con Saint-John Perse.

Hablar de orientación literaria de los primeros años sería decir algo de lo que no tuve conciencia entonces. Tratar de rearmar el pasado en ese punto me parece tarea vana. Era de la nueva ola, como dicen ahora. Simpatizante del Postumismo, sin sentirme postumista. Tenía mis reservas aunque siempre he admirado a Moreno. No me pareció el modelo indispensable. Tenía una carga grande de lecturas de clásicos –Góngora, Quevedo, Lope, Calderón de la Barca– que constituían una barrera insalvable, pero su tono de lo nacional siempre me pareció bueno, porque me sabía a vida, a la vida que yo podía tocar con las manos, verla, olerla.

Desde que tuve uso de razón literaria lo que quise fue dar a conocer lo que me rodeaba, decir lo que ese mundo cercano en que estaba hundido me inspiraba.

Padecía la injusticia y la tristeza ajena me entristecía. Probablemente mi mayor defecto es que siempre trato de ser justo, de no hacer daño, de sonreír al que no me quiere bien.

Recuerdo que al principio, cuando copiaba la vida, tenía la sensación de que sin mí se perdería, que si no lo contaba, lo que fuere, habría sido inútilmente. Aquello que veía sólo era para que yo, como testigo, lo describiera y si no lo describía volvería a la sombra, a la nada de donde salió para buscarme, para encontrarme. A veces, cuando no podía escribir acerca de algo que había presenciado o sentido, sufría mucho porque sabía que lo manifestado moriría para siempre, por culpa mía que no lo había registrado y lo único que podía mantenerlo vivo, existente, era mi testimonio y por lo que fuere no lo di. Y lo mataba. Era muy desagradable. Me convertía en el asesino de la realidad porque no basta que la realidad sea observada, es necesario, era urgente, testimoniar, decir, y decir casi siempre es denunciar. Y el que no denuncia peca.

(Respuestas a un cuestionario que me sometió el poeta Juan José Ayuso).

1974

\*[Tomado del libro: *De escritores y artistas dominicanos*. Ediciones de la Universidad Católica Madre y Maestra, Impreso en Santo Domingo, en Editora El Caribe, C. por A., 1979, pp. 269-278].

Esta primera edición de  
*Héctor Incháustegui Cabral*  
*Testimonios en el centenario de su natalicio [1912-2012]*,  
Número 12 de la Colección Prisma,  
consta de 500 (quinientos) ejemplares, y se  
terminó de imprimir en la Editora Corripio, S. A. S.,  
en Santo Domingo, República Dominicana,  
en el mes de julio de 2012.

Esta primera edición de  
*Héctor Incháustegui Cabral*  
*Testimonios en el centenario de su natalicio [1912-2012]*,  
Número 12 de la Colección Prisma,  
consta de 500 (quinientos) ejemplares, y se  
terminó de imprimir en la Editora Corripio, S. A. S.,  
en Santo Domingo, República Dominicana,  
en el mes de julio de 2012.



COLECCIÓN  
**PRISMA**

